

VIDA ARTÍSTICA

DE

ISIDORO MAIQUEZ

POR

DON JOSÉ DE LA REVILLA

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

MADRID

MEDINA Y NAVARRO, EDITORES

Calle del Rubio, núm. 25

DECL
COM

VIDA ARTÍSTICA
DE ISIDORO MAIQUEZ.

+ 1119389
C.

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO
Calle del Rubio, núm. 25.

VIDA ARTÍSTICA
DE
ISIDORO MAIQUEZ

PRIMER ACTOR DE LOS TEATROS DE MADRID

POR
DON JOSÉ DE LA REVILLA

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

MADRID
MEDINA Y NAVARRO, EDITORES
Calle del Rubio, núm. 25

APUNTES BIOGRÁFICOS
DE
D. JOSÉ DE LA REVILLA.

Entre la brillante pléyada de insignes escritores que ilustraron la tercera época constitucional, se señaló un modesto literato, á quien los propios méritos y la asídua laboriosidad elevaron en breve plazo desde la oscuridad y la estrechez hasta los escaños de la Academia Española, honra que entonces no se dispensaba á quien no diera suficientes pruebas de merecerla. Tal fué D. José de la Revilla, de cuya vida damos aquí ligerísimos apuntes, sin entrar en linaje alguno de consideraciones acerca de sus merecimientos y virtudes, porque los estrechos vínculos que con él nos unian nos imponen un obligado silencio que suplirán sin duda los que tuvieron la dicha de contarle en el número de sus amigos y compañeros.

D. José de la Revilla nació en Búrgos el 19 de Marzo de 1796. Oriundo de una nobilísima y bien

acomodada familia, tuvo la desdicha de perder á sus padres en edad temprana, quedando bajo el amparo de su tío D. Manuel de Tramarría, padre de D. Francisco, director que fué en fecha no lejana del Instituto del Noviciado.

Deslizábase tranquilamente la infancia de Revilla, cuando la guerra de la Independencia vino á perturbar profundamente su existencia, arrojándole desde las comodidades de una desahogada posición á las estrecheces de la pobreza. Trasladada á Madrid su familia, y comprometido Tramarría á favor del rey intruso, hubo de emigrar á Francia huyendo de la justa indignación de los buenos españoles, dejando al jóven Revilla á cargo de su tía y en la situación más precaria. A duras penas pudo concluir la filosofía en los Estudios de San Isidro, sin que le fuera dado seguir después una carrera. Antes bien, hubo de solicitar un destino después de la vuelta del rey Fernando, obteniendo al cabo en 1815 una modesta plaza de escribiente en la contaduría del Mayorazgo infantazgo, gran Priorato de San Juan, cuya plaza ocupó hasta 1822, en cuya fecha quedó cesante por reforma. Durante este tiempo no descuidó las aficiones literarias que mostrara desde edad temprana; ántes bien, las cultivó con provecho, como lo prueban algunas producciones inéditas de aquella fecha, que con ser muy imperfectos ensayos juveniles, harto anuncian sus méritos futuros.

Durante la segunda época constitucional figuró

entre las filas de los más avanzados revolucionarios, aunque su estrecha posición no le permitió tomar una parte activa en la política. Tan menguada era su fortuna que, habiéndole tocado por entonces la suerte de soldado, no pudo redimirse del servicio. Formó parte del famoso ejército de Cádiz, en cuya gloriosa defensa estuvo. Disuelto aquel ejército, volvió á Madrid, no sin exponerse á los graves peligros que amenazaban á los liberales en aquella época terrible, y sin que le fuera posible, por esta causa, volver á obtener colocación alguna.

Desde 1823 á 1838 vivió Revilla exclusivamente del producto de su trabajo, ya colaborando en diferentes publicaciones, ya ejercitando el arte de la pintura que había aprendido bajo la dirección de D. José Madrazo. En 1833 vió la luz pública su primera producción literaria de alguna importancia. Fué ésta una Memoria sobre los méritos de Moratin comparado con Molière, tema anunciado para concurso por la Academia sevillana de Buenas Letras. La Memoria obtuvo el premio en público certámen; y poco después su autor logró el honor de ser admitido como individuo de aquella Academia.

Triunfante de nuevo el régimen liberal, y habiéndose dado á conocer ventajosamente ante el público madrileño por unas lecciones sobre literatura española, dadas en el Ateneo científico y literario en los años 1837 y 1838, Revilla fué nom-

brado en 1838 secretario contador del Real conservatorio de Artes, y en el año siguiente obtuvo una plaza de jefe de seccion en la Direccion general de estudios. Ya por este tiempo habia alcanzado la señaladísima distincion de ser nombrado individuo de número de la Academia española, cuyo cargo obtuvo en 1839, despues de haber sido individuo honorario (1836) y supernumerario (1837). En 1840 fué nombrado tambien catedrático de literatura española en el conservatorio de Música y Declamacion.

Desde esta época continuó sirviendo en la Administracion, siempre empleado en el ramo de Instruccion pública. Él fué, en union de los señores Gil y Zárate y Guillen, autor del célebre plan de estudios de 1845, punto de partida de las reformas verdaderamente revolucionarias que en la pública enseñanza ha introducido el partido liberal. Sus buenos servicios le hicieron ascender en su carrera rápidamente, llegando á obtener en 1851 el cargo de jefe de Seccion en el ministerio de Gracia y Justicia, donde á la sazón se hallaba la Direccion de Instruccion pública, cargo que fué el término de su carrera administrativa, y siendo nombrado secretario de S. M. con ejercicio de decretos en 1846, y comendador de la órden de Carlos III en 1848.

Cuando los llamados *polacos* subieron al poder, Revilla, cuya notoria integridad se avenia mal con aquella administracion corrompida, cayó en

desgracia del gobierno que veía en él un obstáculo para sus planes. No obstante, la general estimación de que gozaba impidió que se le declarase paladinamente cesante; por cuya razón se apeló al recurso de crear una plaza de inspector general de los establecimientos de enseñanza, plaza que, no estando consignada en Presupuesto, no tenía seguridad alguna; y para la cual fué nombrado, á la vez que se le confería el cargo de vocal del consejo de Instrucción pública, en que permaneció hasta su muerte.

Aunque los trabajos administrativos le distraían de sus antiguas aficiones, no por eso abandonó por completo el cultivo de las letras. Buena prueba de ello es el presente libro publicado en 1846.

Triunfante la revolución de 1854, Revilla perdió su ilusorio destino de inspector, como no podía ménos de suceder. Ocupó entónces sus forzados ocios en escribir una breve *Reseña del estado de la instrucción pública en España* que vió la luz pública en el mismo año, y en preparar los materiales para una historia de la literatura extranjera que nunca llegó á comenzar.

Cuando cayó la situación creada en 1854, Revilla, que estaba afiliado al partido moderado, no quiso aprovecharse del triunfo de los suyos, y prefirió quedar en el Consejo de instrucción pública. Los desengaños sufridos y el mal estado de su salud, influyeron en este retraimiento de que no volvió á salir en el resto de su vida.

Habia contraído matrimonio en 1845 con doña Cármen Moreno y Redondo, hija de D. Ambrosio Moreno, secretario particular de D. Francisco de Asís, esposo de la ex-reina doña Isabel II. De esta union nació en el año siguiente (1846) el autor de estos breves apuntes, y á su educacion, á los goces tranquilos de la familia, á los trabajos literarios y al cultivo de la pintura, que nunca abandonó, consagró Revilla sus años postreros, hasta que un derrame seroso le privó de la vida en 25 de Diciembre de 1859, cuando contaba sesenta y tres años de edad.

Además de las obras de que hemos hecho mencion en estos apuntes, escribió Revilla diferentes estudios y disertaciones sobre varios asuntos literarios, algunas poesías, multitud de artículos en diferentes periódicos, una traduccion en verso castellano de la *Fedra* de Racine, una comedia original, *La madrastra de su hija*, que nunca llegó á representarse, y un curso de declamacion que dejó sin concluir.

Cultivó además, como dejamos dicho, al arte de la pintura, distinguiéndose principalmente como retratista: su obra principal es un cuadro que representa á *Cain y su familia despues de la maldicion divina*, que actualmente es propiedad del Museo nacional de pintura y escultura. Dedicóse tambien á la declamacion, de que era muy apasionado, dando pruebas inequívocas, en representaciones particulares, de sus felices disposiciones

para ella; pero nunca quiso salir á la escena por pensar que su escasa estatura no era á propósito para las tablas.

Tal fué la vida de D. José de la Revilla. Su juicio como escritor no debemos ni podemos hacerlo nosotros. Méenos todavía puede juzgarle como hombre el que á sus ejemplos y enseñanzas debe su escasísimo valer. Abstenerse de tan grata tarea es el imperioso deber de su hijo,

MANUEL DE LA REVILLA.

VIDA ARTÍSTICA DE MAIQUEZ.

I.

El arte encantador de expresar todos los afectos del alma por medio de la palabra y del gesto, ofrece en su historia tal variedad de vicisitudes, como varias han sido las sociedades en que ha encontrado acogida, y las opiniones ya favorables, ya contrarias que le han acompañado hasta llegar á nosotros.

La declamacion teatral, nombre vulgar, si no el más propio, con que es conocido ese arte en Europa, nació, al mismo tiempo que el poema dramático, en medio de los placeres tumultuosos y los extravíos de la embriaguez de un pueblo idólatra (1) que, no obstante su civilizacion y cultura, creyó

(1) En las fiestas que los griegos celebraban en honor de Baco.

hallar en aquellos excesos, y en el delirio del ditirambo, un holocausto digno de las divinidades que adoraba. Pero si el ditirambo, expresion monstruosa de una imaginacion ebria, se consintió; si las canciones báquicas sembradas de imágenes obscenas se toleraban y aplaudian, cambió de aspecto la severidad de los moralistas y la suspicacia de los legisladores republicanos, apénas Susarion y Thespis, el uno sobre un tablillo portátil, y el otro sobre un carro, dieron á los griegos la primera idea de los espectáculos escénicos, presentando un embrión del ingenioso artificio del poema dramático en sus dos géneros, como en sustitucion del ya gastado ditirambo (1). Semejante novedad, que no venia revestida del carácter religioso que aquel tenia en las festividades de Baco, alarmó el ánimo de Solon, poco satisfecho de que las antiguas tradiciones se viesén alteradas por la ficcion dramática; y al proscribir esa inusitada, y en su juicio peligrosa innovacion, dijo á Thespis: «Si

(1) Composicion poética concebida y recitada en el fervor de las fiestas de Baco. Thespis introdujo un actor que recitaba dialogando con el coro, fingiendo una accion más ó ménos interesante.

honramos á la falsedad en nuestros espectáculos, la encontraremos muy presto en el trato más sagrado.» ¡Inútil prevision! El pueblo, más obediente al irresistible impulso de sus sensaciones que á la voz del supremo legislador de Atenas, hizo ineficaz su mandato; y de tal manera que, tanto en las ciudades como en los campos, corria desatentado tras un espectáculo que arrebatava su atencion, excitando poderosamente su entusiasmo. El pueblo ateniense canonizó con su desobediencia este apotegma de Eurípides: «La naturaleza da sus órdenes, y le importan poco las leyes que la contrarían.» Hé aquí la causa de que no diese oídos á las palabras de Platon cuando en el diálogo séptimo de los legisladores declamaba contra la aficion del pueblo á los espectáculos escénicos, como inútiles y perniciosos á las buenas costumbres.

Sin embargo, esa predisposicion de un pueblo culto á saborear los delicados placeres de la imaginacion á que semejantes espectáculos convidan, no era comun á los demas estados de la Grecia; y ménos debia de serlo para los rígidos lacedemonios, cuyas virtudes (si tan hermoso nombre merecen) se fundaban en sofocar en el alma todo

sentimiento de humanidad que de algun modo pudiera debilitar el amor selvático y feroz á su patria y á sus bárbaras instituciones. Así es que, fuera de la Atica, los espectáculos escénicos ni hallaron cabida, ni fueron apenas conocidos.

Cultivados con empeño por los atenienses, de ellos los recibieron los romanos; pero engrandecidos, y con aquel grado de perfeccion que Esquilo, Sófocles y Eurípides consiguieron darles á fuerza de talento y de observacion de la naturaleza humana. El pueblo rey conoció todo su valor, y los cultivó con entusiasmo; y ni los anatemas de los sacerdotes, ni los decretos del Senado, ni la demolicion, á instancias de Scipion Nausica el Censor, del teatro construido en Roma, fueron barreras suficientes para detener el curso de una novedad que instintivamente se consideraba, con razon, como el gran paso que le faltaba dar al ingenio humano para la grande obra de la civilizacion de los pueblos.

La luz del Evangelio se difundia por las regiones orientales al propio tiempo que los espectáculos escénicos continuaban participando de la naturaleza idolátrica de los ingenios que los sustentaban; y los venerables

Padres de la primitiva Iglesia, celosos por preservar de los errores del paganismo á los que se afiliaban en las banderas del Crucificado, y robustecerlos en el espíritu del Evangelio, emplearon todo el vigor de su elocuencia para pintar las abominaciones de semejantes espectáculos, y retraer á aquellos de su concurrencia como contraria á la pureza de las costumbres, y á la disciplina del cristianismo. Razon tuvieron entónces los sucesores de los Apóstoles para alejar de semejantes espectáculos á prosélitos de tibia fe, de espíritu dudoso y vacilante, y de no probada constancia en seguir el áspero sendero abierto para la virtud por el Redentor del género humano.

Extinguida la idolatría y purgada la escena de las doctrinas del gentilismo, los cristianos comenzaron á concurrir á los espectáculos escénicos; pero si bien habian desaparecido las huellas de la religion pagana, no así las obscenidades y torpezas que, como por tradicion, se conservaban en los dramas y en los gestos ó ademanes de los que los ejecutaban. La fuerza de la costumbre y la natural propension de los pueblos á gustar de todo cuanto favorece la liviandad de las costumbres, ahogaron la voz

tronadora de los moralistas ascéticos; y hasta los príncipes mismos se vieron obligados, no sólo á permitir espectáculos realmente obscenos, sino también á preceptuar su ejecución, destinando de propia autoridad personas degradadas y envilecidas á desempeñar los oficios de la escena, ya entónces reputados por infames, segun se ve en el título vii, libro xv del Código Teodosiano.

Desde este período comienzan á hacerse más notables las varias vicisitudes que ha corrido el arte de la representacion teatral, constantemente perseguido ó anatematizado, y no obstante eso aplaudido por todas las clases de la sociedad. Para alejar á sus individuos de semejantes espectáculos, ya que no estaba en su mano el prohibirlos, los pastores de la Iglesia en los siglos IV y V excluyeron de la comunión de los fieles y de la participacion de las cosas sagradas á cuantos se dedicaban al ejercicio escénico: medio violento en verdad, y que no produjo el efecto que aquellos se propusieron.

La invasion de los septentrionales puso término á esa lucha entre la severidad de los moralistas ascéticos, y la propension de los pueblos á disfrutar de los placeres de la escena. Hundióse el teatro envuelto entre

las ruinas del mayor imperio conocido, y volvió á renacer de sus propias cenizas, imperfecto y débil, pero anunciando robustez y lozanía para cuando las nuevas sociedades europeas adquiriesen con el cultivo de las letras la estabilidad y grandeza á que las conducia su progresiva civilizacion. Renació, pues, el teatro, y con él las interminables contiendas acerca de lo lícito ó ilícito de sus representaciones. ¡Vanos afanes! El empuje de la civilizacion, más poderoso que las exhortaciones ascéticas y las argumentaciones teológicas, sublimó al teatro sobre todos los demas espectáculos conocidos; y dando cuerpo á una opinion unánime, compacta, irresistible, ésta ha sentado como principio invariable que el arte del teatro, en sus dos partes de composicion y ejecucion, pertenece á las artes imitativas, y que su existencia en las naciones europeas ha puesto el sello á su civilizacion y grandeza.

Si pretendiese bosquejar en este opúsculo toda la historia del teatro antiguo y moderno, subiria de punto el interes que ésta ofrece al ver en sus diversas fases á cuán extrañas inconsecuencias se halla sujeto el entendimiento humano, y cuántas veces en medio de sus acalorados debates, de sus

brillantes teorías, de sus ingeniosas argumentaciones, asoma un juicio instintivo, pero seguro é indestructible, que vagando á merced de encontradas opiniones, llega por último á sobreponerse á todas, y á imperar sobre ellas con absoluto dominio.

Esto es lo que ha sucedido respecto de las representaciones teatrales; mas no tan exactamente en cuanto á las personas que las ejecutan. Las dudas suscitadas acerca de la moralidad de estos espectáculos; las obscenidades que realmente se introdujeron en todos los teatros de Europa desde su origen, con especialidad por los llamados tímélicos, mimos y pantomimos; los mismos nombres con que la muchedumbre los designaba, llamándolos histriones, farsantes, comediantes, etc.; y especialmente las costumbres en general licenciosas, de los que se dedicaban á la carátula ó á la farándula, pues con ambos nombres era conocido en anteriores siglos en España el arte de la declamacion teatral, todo reunido contribuyó desde muy antiguo á calificar de vulgar é innoble su profesion, y por consiguiente á cuantos á ella se dedicaban. Preciso ha sido el trascurso de los siglos, el progreso de la civilizacion, el mayor decoro en las costumbres, y

en particular el espíritu analizador y filosófico de los tiempos modernos, para descubrir y apreciar en su justo valor el mérito de un arte, cuyos poderosos resortes, así como los de la poesía, consisten en la sensibilidad y la imaginación. Preciso ha sido que se haya visto el teatro europeo ilustrado con crecido número de actores eminentes como Garrick, Miss Odefiel, Henderson, y Kemble en Inglaterra; Lekain, Larive, y Talma en Francia; María Ladvenant, Rita Luna, y Maiquez en España, para que sea considerado como arte, y arte difícil, el de la declamación. Y finalmente, ha sido preciso que los restos mortales de los tres primeros que acabo de citar hayan obtenido el honor de reposar tranquilamente al lado de los sepulcros de los reyes de Inglaterra, bajo las majestuosas bóvedas de la Abadía de Westminster, para desvanecer la degradante opinión que á esa profesion acompañaba, por haber tenido en cuenta su origen licencioso, y no la reforma de las costumbres ni los progresos que habia conseguido hacer, á medida que se acrecentaba la cultura de las naciones. Hé aquí el triunfo de la razón en lucha perpetua con el error y con envejecidas preocupaciones. Hé aquí

reproducido el tiempo en que los Césares romanos honraron el talento de los que en esa profesion sobresalian, y creaban colegios en donde se cultivase el arte al par que las costumbres, como condiciones indispensables para formar actores eminentes.

El arte de la representacion teatral considerado ya como imitativo y bello, ha conseguido presentar á los ojos de todos los pueblos civilizados un espectáculo útil y agradable que forma una parte esencial de sus costumbres, de sus necesidades y de sus goces; y cuya perfeccion, fundada sobre las bases comunes á las demas artes, que son la propiedad, conveniencia y buen gusto, reclama por sí misma la consideracion de las leyes y las luces de los sabios.

Siendo, pues, las artes patrimonio de la sociedad, lo es igualmente el renombre de aquellos artistas que más vigorosamente han luchado con sus enormes dificultades, someténdolas al dominio del entendimiento del hombre; porque semejantes esfuerzos del saber honran á la humanidad en general, y en particular á las naciones que alimentan ingenios sublimes, con los cuales se hacen más acreedoras al aprecio y veneracion de las generaciones futuras. No por otra causa

rompe la densa niebla de los siglos, y llega hasta nosotros, la memoria de Roma y Atenas; repúblicas más célebres por los hombres eminentes que nacieron en ellas, que por los efímeros triunfos de sus armas vencedoras. A estos solamente damos en tributo nuestra admiración, cuando tributamos á los otros nuestra admiración y agradecimiento. Los primeros representan la inmensa suma de bienes y placeres de que les somos deudores: los segundos se ofrecen á la imaginación para reproducir en ella la imagen desconsoladora de los seres humanos, pugnando por anticiparse al término de la vida.

La memoria, pues, de los hombres superiores en cualquier género interesa á la sociedad, porque es un título de gloria que la lisonjea y ennoblece, y el arte de la representación teatral, que tantas vicisitudes ha experimentado siempre; que con tanta incertidumbre ha llevado sus pasos por un sendero escabroso y desconocido, al cual ha negado constantemente sus luces la filosofía, no por eso contribuye ménos que las demas á la gloria de las naciones. La nuestra, sin duda alguna, puede jactarse de contar entre los títulos de su antigua fama los anales de su teatro; porque en ellos se encuentran in-

numerables ejemplos de lo que puede hacer el ingenio siguiendo sencillamente á la naturaleza.

No hay duda en que ésta señala á aquel el camino que debe seguir, y le asegura el éxito cuando no se aparta de la sencillez de sus máximas; pero no es ménos indudable que semejante asercion no pareceria acaso tan exacta para nosotros, si el inmortal Maiquez no hubiese demostrado su evidencia en la escena. Su ingenio eminentemente grande se elevó sobre la naturaleza y el arte, sin que acaso debiese más que á la primera el éxito asombroso de sus empresas.

El nombre de este célebre actor, tantas veces repetido con aplauso; su mérito, sirviendo de término de comparacion en todas las discusiones escénicas; el halagüeño recuerdo del entusiasmo pítico que inflamaba á los espectadores apénas desplegaba sus labios; todo cuanto tiene relacion con este hombre, verdaderamente extraordinario, interesa al honor nacional, y me ha impulsado á ensayar mis débiles fuerzas para perpetuar su nombre, y reverdecer los laureles que tantas veces supo arrancar de la sien de Melpómene para adornar su frente.

Con este objeto he procurado reunir cuan-

tas noticias me ha sido posible, á fin de presentarle á la posteridad tal cual era respecto de su arte, aprovechándome tambien de algunos artículos biográficos que se han publicado por literatos amantes de la buena memoria de nuestro primer trágico. Al mismo tiempo he desechado de intento aquellos hechos que solamente pintasen al hombre en sociedad, persuadido de que bajo este aspecto únicamente podria interesar la curiosidad pasajera, que muere apénas se satisface; cuando por el contrario, enumerando sus conocimientos y el grado de mérito que alcanzó en la escena, su historia interesa á todas las edades y á todas las naciones; porque entra en el dominio de las artes imitativas, cuyos progresos están en armonía con el de los siglos y los pueblos en donde reina la civilizacion.

II.

Isidoro Patricio Maiquez nació en la ciudad de Cartagena á las dos de la tarde del dia 17 de Marzo de 1768, y fué bautizado en la única iglesia parroquial de aquella

ciudad. La familia de los Maiquez perteneció antiguamente á la clase media de la sociedad, en la que se mantuvo con mucha decencia, ocupando sus individuos algunos empleos y dignidades, particularmente en la carrera eclesiástica, á la que tuvieron inclinacion decidida. Pero los acontecimientos de las famosas guerras de sucesion, arrebatando en el torrente de los partidos el bienestar de millares de personas, redujeron á la nada esta desgraciada familia, obligándola á ocuparse en diferentes artes, y con particularidad en el de la seda, para atender á su subsistencia. Mas estos recursos de la necesidad debieron sin duda experimentar notable decadencia, puesto que Isidoro Maiquez, padre de nuestro célebre Isidoro, abandonó su oficio de cordonero de seda, despues de haberle ejercido bastantes años, y se introdujo en los teatros de varias capitales de España, en donde desempeñó con alguna aceptacion los papeles de galan y barba.

Hé aquí el origen de casi todos los actores que pueblan nuestros teatros: hijos de padres humildes ó de familias desgraciadas, han encontrado en un arte degradado y envilecido injustamente, un asilo contra las

privaciones ó la mendicidad; y juzgando del teatro como juzga la muchedumbre, han contado solamente con sus fuerzas naturales, y no con los conocimientos prévios que exige el número asombroso de sus dificultades: circunstancia que nos priva de actores sobresalientes (1), y de la esperanza de que este arte llegue al último grado de su perfeccion.

Nuestro Isidoro, que desde su nacimiento siguió á su padre á los diversos puntos en que habia de trabajar, fué adquiriendo aquella aficion que casi siempre despierta en nosotros el deseo de imitar á nuestros mayores ó personas encargadas de nuestra infancia; y si á esto se agrega la educacion descuidada que tuvo, como todos los hijos de actores ambulantes, y que la única instruccion que adquirió en su niñez fué la que podia proporcionarle la lectura de cuantas comedias llegaban á sus manos, no extrañaremos que

(1) En efecto; áun cuando en el dia podamos contar algunos actores que merecen esa calificacion, su número, sin embargo, es demasiado corto para que la escena española pueda salir del estado de medianía en que la vemos; y no á otra causa si no á la que dejo indicada, se puede atribuir su actual atraso.

sus votos se dirigiesen á ocupar algun dia la escena, para merecer los aplausos públicos que repetidas veces alcanzó su padre en ella.

Su aficion cómica llegó á ser extremada, á pesar de la manifiesta oposicion de aquel; y aunque le tenia prohibida la entrada en el teatro, halló Maiquez un medio ingenioso de introducirse en él, á pretexto de conducir sillas á los palcos; operacion que suele hacerse en algunos teatros de provincia. Nada habia más lisonjero para Isidoro que presenciar una representacion, y mezclarse en las conversaciones sobre asuntos cómicos, haciéndose cada vez más invariable su inclinacion al teatro.

Firme, pues, en su propósito, y resuelto á arrostrar las dificultades de una profesion que tanto halagaba su amor propio, se decidió por fin á tentar el favor de la fortuna. Sus primeros ensayos los hizo en el teatro de Cartagena. Allí, guiado tan sólo de su aficion y de algunas lecciones de su padre, se presentó por primera vez á recibir desaires de sus paisanos, el mismo que con el tiempo habia de ser el embeleso de la córte, y objeto de admiracion para nacionales y extranjeros.

A poco tiempo de haber trabajado en el teatro de Cartagena, pasó al de Málaga, en donde igualmente tuvieron mal éxito sus tentativas. Maiquez no tenía en su primera juventud ninguna cualidad artística que le hiciese recomendable, á excepcion de su figura, que era interesante y bella; por lo demas, carecia de accion; su voz era oscura; y como no tenía modelo que imitar, su juicio, falto del tacto fino y delicado que proporciona una educacion esmerada, no podia descubrir el verdadero camino de la perfeccion.

Sin embargo de sus desventajas, como naturalmente se hallaba dotado de imaginacion viva, penetrante, tenaz y vigorosa, se afanó incesantemente en buscar los medios de agradar á un público que en tantas ocasiones habia herido su amor propio, dedicándose con el mayor ahinco á descubrir los fundamentos de un arte que, con serle familiar desde la cuna, le era no obstante muy desconocido.

Así prosiguió por algunos años, ocupando al lado de su padre la parte de segundo y tercer galan en los teatros de Cartagena, Málaga, Valencia, Granada, y otras capitales de la península, desmintiendo insensi-

blemente el mal concepto artístico que al principio formó de él la opinion pública, hasta que por último resolvió su padre trasladarse á Madrid con toda su familia.

Verificada la traslacion en el año de 1791, fué recibido el jóven Maiquez en la compañía de que era autor Manuel Martinez, y que á la sazón trabajaba en el teatro del Príncipe (1). Su colocacion fué de un parte por medio, ó sea noveno galan, con partido de 17 reales; y con el mismo siguió trabajando en el año siguiente en clase de sétimo galan, hasta que por fin en el año 93 subió al puesto de sobresaliente, con partido de 20 reales.

La postergacion en que se halló durante estos tres años, parece debia haberle conducido á seguir las huellas de aquellos que más gozaban del aura popular, como hacen casi todos los que ejercen esta profesion, por ser el medio más sencillo de eludir dificultades, aunque no sea el más seguro para labrarse aquel concepto sólido que trasmite la fama del artista á la más remota posteridad.

(1) Es de advertir, que hasta el año 1800, poco más ó ménos, no tenian las compañías teatro fijo, y alternaban en ambos por temporadas.

Maiquez tenia sobrado talento para que llegase hasta ese punto su equivocacion: él sabia muy bien que el sentimiento no se imita: que es necesario sentir para expresar y conmover; y que la ausencia del sentimiento no la suplen ni ademanes ni gestos prestados, más ó ménos pintorescos, más ó ménos elegantes. Así es que á ninguno imitó: su fuerza de alma le obligaba á mirar con desprecio los efímeros triunfos de sus compañeros, juzgándolos en el fondo de su corazon como testimonios irrecusables del mal gusto de su tiempo, segun la idea que él habia llegado á formar del arte; y sobre todo, debió á la naturaleza un carácter tan indomable, y tal tenacidad en sus ideas, que no le permitian prestarse fácilmente á otro dictámen que el suyo, con particularidad en materia de declamacion. Si esta tenacidad de ideas podia juzgarse como un defecto, en contradiccion con su trato agradable y franco en sociedad, fué al mismo tiempo una ventaja para quien como él tenia que luchar heroicamente contra el mal gusto de sus contemporáneos, hasta obligarlos, á fuerza de una constancia admirable, á abandonar el camino de lo falso para dirigirse al de lo verdadero, y convertir el desprecio con que

antes le miraban, en una profunda admiracion, y un entusiasmo de que no hay ejemplo en la escena española.

Entre tanto Isidoro, cada vez más sediento de gloria, y deseando labrar su reputacion con mayor suma de merecimientos, se ausentó de Madrid el año 94, y pasó á trabajar al teatro de Granada en calidad de parte principal. Bien sabido es que estas emigraciones de los actores á las provincias les producen ventajas considerables para sus ajustes en los años siguientes, si son recibidos con aplauso en aquellas. Isidoro contó con esta circunstancia para asegurarse mejor en la escena, calculando que su corta ausencia debilitaria algun tanto la prevenicion con que le oyera el público madrileño.

En aquella ciudad conoció por primera vez á un jóven cursante de la universidad, con quien Maiquez contrajo relaciones amistosas, que en el año de 1800 se estrecharon en Madrid, con motivo de un viaje que aquel hizo para recibirse de escribano. Llamábase D. Antonio Gonzalez, nombre que figurará más adelante para simbolizar en la persona del que lo llevaba, el dechado de la amistad más pura y desinteresada.

Al año siguiente regresó á Madrid, y

volvió á ocupar en el mismo teatro su parte de sobresaliente, en la que disfrutó dos años el partido de 20 reales, y al tercero el de 24. En esta época, ya fuese porque Maiquez desarrollase más sus talentos cómicos, ó porque la costumbre de verle y oírle hiciese tolerables sus defectos, lo cierto es que comenzó á arrancar los aplausos que le habian sido negados hasta entónces.

El mal gusto dominante en la escena, y el amanerado y ridículo sistema de declamacion adoptado por nuestros antiguos actores para agradar al pueblo, contribuyó no poco á que Maiquez fuese mirado con disgusto por su estilo totalmente desconocido en la escena. Pero persuadido este actor de que el teatro debe ser una imágen exacta de la sociedad, y que los personajes en él introducidos han de hablar, moverse y gesticular como los demas hombres, sometiendo el estilo y los ademanes á las leyes de la conveniencia y buen gusto, no podia admitir jamás en su sistema aquella accion artificiosa, complicada y pintoresca de sus compañeros; aquel tono declamador, enfático y cadencioso, que ahora ya seria intolerable á nuestros oídos; y aquellos juguetes de escena triviales y ridículos, tan agradables entónces á los

espectadores, y que en realidad trasformaban en farsas las obras dramáticas más recomendables. No accionar, no gesticular como un demente, era ser frio: no declamar con énfasis y casi cantando, era ser insulso. Contra estas dos grandes máximas de naturalidad y buen gusto pecó Maiquez, y á ellas debió los dictados de *galan de invierno*, *agua de nieve*, *voz de cántaro*, y otros varios, sumamente satisfactorios, con que le agasajaron sus contemporáneos. Verdaderamente no debió á la naturaleza voz limpia, robusta, sonora y armoniosa cual era de desear en un actor de su clase; pero en recompensa le dió sobrado talento para conocer la necesidad de hacer de ella un estudio muy detenido, á fin de modularla y hacerla, no sólo tolerable y profundamente trágica, sino tambien sumamente apta para la expresion delicada, dulce, tierna y patética, al par que noble, majestuosa y terrible: así es que en su boca se oyeron los acentos más sublimes del dolor y los ecos más pavorosos del furor y de la desesperacion. Lo singular es que no se sabe hiciese estudio alguno declamatorio sino en el acto de ensayar con sus compañeros; pues tengo motivos para creer que, fuera del teatro, nadie

le oyó declamar, incluso sus propios hermanos.

La preocupacion de sus compatriotas llegó hasta el extremo de negarle expresion en la fisonomía, cuando es poco ménos que imposible se presente quien reuna ventajas tan excesivas en esta parte. Un hombre que supo trasladar á su semblante toda la fervidez y violencia de las pasiones, sin verse jamás obligado á violentar sus músculos para conseguirlo, no carecia seguramente de expresion en el gesto; y es necesario dejarse arrastrar de la más ciega parcialidad para desconocer que quien tan fácilmente agitaba á su antojo el alma de los espectadores con una sola mirada, fuese inferior en esta parte á aquellos cuya gesticulacion forzada y grotesca descompone al personaje trágico y le hace risible. Esta circunstancia destruye igualmente la inculpacion de frialdad con que le motejaban (1). ¿Se podrá creer de buena

(1) La destruye igualmente el testimonio de dos actores contemporáneos de Isidoro, que fueron Roldan y Caprara, quienes me aseguraron que aquel siempre apareció frio en los galanes amorosos y excesivamente parleros de nuestro antiguo teatro, cuyas pasiones alambicadas y llenas de flores poéticas le repugnaban en gran manera

fe que un actor dotado de exquisita sensibilidad, de férvida imaginación, de temperamento fogoso y de flexibilidad muscular en su semblante, cual ninguno la ha tenido en igual grado, pueda pecar jamás de frío en la representación? Lo único que fundadamente podrá concederse es, que en su primer tiempo no se había desenvuelto su naturaleza tanto como en épocas posteriores; lo cual es común á toda clase de artistas; pero de aquí á negarle absolutamente todas las dotes de expresión, média una distancia inmensa. Someto gustoso al juicio de mis lectores la decisión de este punto.

Era, pues, un espectáculo sumamente interesante el contraste singular que ofrecia por una parte la opinion general conjurada en contra de un actor abandonado á sí mismo, y por otra la impavidez y constancia con que este atleta imperturbable caminaba tranquilamente despreciando aquella deshecha borrasca, como si descubriese en lejano término el premio que le reservaban la impar-

como contrarias á la sencillez de la naturaleza; pero que en todo lo demás sentia con vehemencia. Y cuenta, que Caprara jamás fué amigo de Maiquez.

cialidad y la justicia. Así, pues, sostuvo con heroica constancia una lucha desigual y tenaz con el público, sin que se pueda decir cuál fuese más admirable, si la obstinacion de los espectadores en no reconocer el mérito artístico de Isidoro, ó la superioridad y temple diamantino de su alma, para sobreponerse á los ultrajes que recibia en la escena, y luchar á porfía contra el mal gusto de su tiempo, y vencerle y domeñarle (1). Su mayor gloria consistió en haber salido victorioso de tan desigual combate, y arrancar aplausos lisonjeros y elogios sin número, que se renovarán miéntras el nombre de Isidoro Maiquez viva en la memoria de los amantes de los hombres célebres.

El año de 1798 se formaron tres compañías iguales, con el objeto de que una de ellas pasase á trabajar á los Sitios Reales; y en la destinada á este fin le cupo á Maiquez la parte de primer galan, con los mismos

(1) Una de las noches en que el disgusto del público se manifestó de una manera bastante expresiva contra Isidoro, salió éste de la escena, y dirigiéndose á su amigo y compañero Roldan, le dijo sonriendo con la mayor tranquilidad: *¿No ha observado V. que apenas salgo á la escena me abruma por todas partes los aplausos?*

derechos y obvenciones que disfrutaban los actores de Madrid. Esto fué ya dar un paso muy agigantado hácia su engrandecimiento. Lisonjeábale su amor propio viendo casi patentizado su principio favorito, á saber, *que la constancia y el tiempo todo lo vence, y que los obstáculos opuestos á una innovacion en sus principios, no impiden sea por fin admitida con aplauso, si tiene por apoyo la razon.* Palabras textuales de Isidoro.

Pero el colmo de sus deseos y esperanzas llegó con el año 99 ocupando en Madrid la parte de primer actor. Colocado ya en el puesto único á que podia aspirar; dueño absoluto de desenvolver sus fuerzas naturales, y envanecido con sus repetidas victorias sobre la opinion, su genio sacudió la coyunda que ántes le oprimia, y elevándose sobre sí mismo, se propuso presentar á los ojos de los espectadores el tesoro de sus conocimientos, por tanto tiempo despreciado, pero adquirido en la oscuridad de su anterior clase á fuerza de observaciones y meditacion. La novedad atrajo inmenso número de espectadores: todos alababan á porfia al nuevo galan: todos aplaudian su acertada direccion; y el nombre de Maiquez comenzó desde entónces á correr de boca en boca, seguido de tantos

elogios cuantos habian sido poco ántes los vituperios: prueba inequívoca de cuán instables son los juicios de la muchedumbre.

Elevado, por fin, á la primera dignidad escénica, objeto constante de sus desvelos y fatigas: vencedor de una opinion tan encarnizada contra él desde el momento de su aparicion en la escena; y realizadas cuantas esperanzas halagüeñas le habian hecho tolerables los repetidos desaires de la fortuna, nada parecia quedarle que hacer sino entregarse descansadamente á disfrutar la suerte feliz que habia labrado con sus propias manos, afianzando en ella un porvenir lisonjero. Pero Maiquez era actor sublime, no cómico adocenado. Lo que para otros hubiera sido un motivo de indolencia y presuncion ridícula, creyendo haber llegado al pináculo del saber, fué para él un nuevo estímulo que puso en accion todas sus facultades intelectuales, y el deseo vehemente de llevar á cabo un proyecto, en aquellos tiempos colosal, que muchos años habia alimentaba en su alma, digno de un hombre entusiasta de la gloria.

III.

Los nombres de Talma, Kemble, Lafond y otros actores extranjeros llegaron á oídos de Maiquez con toda la celebridad que tan justamente adquirían en la escena. Su talento perspicaz conoció bien pronto que, así como el teatro moderno francés había hecho progresos muy rápidos en la poesía dramática, era consiguiente los hubiese hecho también el gusto en el arte escénico; y que por lo tanto desconocerlos enteramente era igual á conformarse con no salir jamás de una oscura medianía, puesto que nuestro teatro nada le presentaba de nuevo para desenvolver su ingenio. Convencido de esta verdad; impulsado por el deseo de saber; considerándose capaz de hacer cuantos esfuerzos son necesarios para sobreponerse á las dificultades de un arte tan escabroso, y animado por el noble orgullo de rivalizar algún día con aquellos hombres célebres, y acaso superarlos, resolvió por fin en el otoño del mismo año atravesar los Pirineos, y bus-

car en la capital del mundo civilizado lo que por tanto tiempo había anhelado su corazón. Semejante tentativa sorprendió á todos generalmente: unos la calificaron de necia; otros la consideraban ridícula; otros aventurada; pero la parte ilustrada del público presagió felices resultados de aquella empresa, porque desde luego juzgó que solamente el ingenio es arrojado y emprendedor; y que, áun queriendo dar por supuestas cuantas contingencias pudieran ofrecerse á Isidoro en su intento, nada bastaría á contrariar de tal modo sus esfuerzos, conocido ya su temple de alma, que no sacase algun fruto de sus afanes y perseverancia. Y finalmente, no podia ménos de inferirse que, en último resultado, cuanto mayores fuesen los obstáculos que hubiese Maiquez de vencer, tanto mayor seria la gloria de haber intentado lo que se reservan siempre para sí las almas grandes.

Conseguido el permiso del Gobierno y de las compañías cómicas para poderse trasladar á Francia, solamente le faltaba reunir los auxilios pecuniarios indispensables para verificar tan largo viaje. Contaba para ello con la asignacion de 400 reales mensuales que le señaló Godoy, pagaderos de los fon-

dos destinados á los gastos de nuestra embajada en Paris. Pero no siendo esto suficiente para cubrir los dispendios que debian originársele, vendió todas las alhajas de su uso y sus ropas teatrales; y además sacó del fondo que cada teatro tenia destinado para las jubilaciones, la parte que le correspondia, sacrificando de este modo su derecho á la jubilacion. Rasgo de semejante naturaleza, manifiesta con cuánta seguridad calculaba el éxito de sus tentativas, y de cuánta osadía son capaces las almas fuertes, animadas por el insaciable deseo de hacer eterno su nombre (1). Hecho esto, y reuniendo algunas cartas de recomendacion; emprendió Isidoro su viaje acompañado de los sinceros votos de la amistad, y de los de cuantos en todos tiempos se interesan por el progreso de las artes, y por la felicidad y gloria de los que dignamente las ejercitan.

(1) Las dificultades que Maiquez hubo de vencer para el viaje de que se trata, solamente pueden apreciarse comparando los escasísimos recursos de que podia disponer, con los enormes gastos que ofrecia un tránsito tan largo, á causa de los costosos medios de traslacion de Madrid á Paris en época en que no eran conocidas las diligencias.

La idea de un artista pobre y desvalido que, animado del noble deseo de aprender, se arroja impávido á contrarestar una serie de miserias como las que debían rodearle en un país extraño, cuyo idioma apénas conocía (1), entregado á sus propias fuerzas, sin más riqueza que su imaginacion, y sin otra esperanza que la remota de merecer algun día las alabanzas de sus conciudadanos, interesaron por fin al público, que ya desde entónces comenzó á apreciar su nombre, y á desear con ánsia verle aparecer de nuevo en la escena para tributarle los homenajes debidos á su genio emprendedor.

Apénas llegó á Paris, su conato se dirigió á entablar relaciones con el coloso de la escena francesa, á quien Maiquez respetó siempre, áun ántes de pisar las márgenes del Sena. Sus relaciones con aquel no pasaron al principio de los términos de la buena política, ni podia ser otra cosa si se atiende á la preponderancia en que se halla-

(1) Maiquez conocia de la lengua francesa lo suficiente para darse á entender; pero jamás hizo uso de ella, sino cuando la precision le obligó á comunicarse con los franceses durante su estancia en Paris.

ba Talma, y al ningun prestigio que acompañaba al artista español. Así, pues, tuvo éste no poco que hacer para conseguir el permiso de estar entre bastidores, única fineza que debió por entónces á los actores franceses

Maiquez, sin embargo, sobreponiéndose á todo cuanto era bastante por sí mismo para infundirle desaliento y anonadar su espíritu en situacion tan penosa como la suya, se dedicó obstinadamente á conocer las obras maestras de la poesía dramática, el verdadero fundamento del arte de la representacion, y por último, á ver con exactitud lo que hasta entónces se habia presentado con alguna oscuridad á su entendimiento. Varios españoles que á la sazón se hallaban en Paris, entre ellos D. José María de Carnerero, le facilitaron las relaciones necesarias, y hasta íntimas, con Talma, Picard, y otras personas notables de aquel tiempo, y de las cuales supo diestramente aprovecharse. La grandiosidad y sublime expresion de Talma; la fuerza y vehemencia de Lafond; la delicadeza de Mlle. Mars; la dignidad de mademoiselle George; la energía de Mlle. Duchesnois; la naturalidad de Clauzel, todo llamó y fijó su atencion; y de todo cuanto

halló digno en estos célebres actores, se propuso formar un modelo ideal, un tipo constante de su ejecucion escénica. Así lo escribía á sus amigos hablando con toda imparcialidad, y con aquel criterio seguro que tanto le distinguió siempre, acerca del mérito artístico de aquellos, ensalzando hasta lo sumo el estado de prosperidad y grandeza en que halló los teatros franceses, superior á todo lo que su imaginacion pudiera haberle representado como más perfecto en su género, y encareciendo en particular el efecto maravilloso que habian producido en su alma las primeras representaciones que vió en Paris.

A este propósito refirió á uno de sus amigos en cierta ocasion, que apénas llegó á aquella córte fué á ver ejecutar á Talma el papel de Hamlet en la tragedia de este nombre; y tan extraordinaria sensacion experimentó al llegar la escena en que el protagonista intenta asesinar á su madre, que por un movimiento involuntario se levantó de la luneta, creyendo que brotaban sangre sus ojos, porque todo cuanto veia le pareció de color de sangre; y en fin, que entusiasmado por la prodigiosa ejecucion de aquel artista admirable, exclamó fuera de sí: *¡y*

soy yo primer actor en Madrid estando este hombre en el mundo!

Talma en lo trágico y Clauzel en lo cómico fueron sus principales modelos, sin copiarlos servilmente, como algunos han creído: si así lo hubiera hecho, jamás habría alcanzado aquel mérito superior que le hizo inimitable. Tenía Maiquez demasiado talento para engañarse hasta el punto de creer que todos los medios de expresión son aplicables á todos los países, y mucho orgullo natural para contentarse con el mezquino título de copiante. Persuadido íntimamente de que un artista para ser grande ha de ser original, y que la simple imitación de maneras en el arte que profesaba, no sólo es insuficiente para el objeto, sino también un testimonio irrecusable de la impericia y falta de recursos morales del actor, procuró precaverse con sumo cuidado del contagio, para evitar el descrédito en que han caído cuantos han llegado á creer de buena fe que una simple copia de los actores franceses debía necesariamente agradar á espectadores españoles.

Maiquez sabía muy bien que todas las naciones del mundo se distinguen notablemente por el idioma, carácter, usos y cos-

tumbres que les son peculiares: que los signos exteriores de la expresion, si bien tienen un centro comun, no así aquellos matices delicados, aquellos rasgos parciales, aquel todo en fin que ofrece un carácter particular de expresion correlativo á estos mismos usos y costumbres de los pueblos; relacion exacta que no puede faltar jamás, so pena de alterar la verdad de la naturaleza (1). Conocia igualmente que la índole particular de la lengua francesa y de su versificacion alejandrina, no podia hermanarse de ninguna manera con el genio particular de nuestra lengua; y que los her-

(1) El colmo de la verdad en las representaciones escénicas debería consistir en imitar la accion, gesto, apostura y acento de los diversos pueblos á que pueden referirse las composiciones dramáticas. Pero como al fin no hay medio de usar en ellas otro idioma que el nativo para que todos las entiendan, y seria necesario además formar actores dotados de inmensos conocimientos históricos, así como tambien un auditorio igualmente ilustrado en esa materia, no queda otro recurso que atenerse á la verdad relativa; esto es, á aquella que podemos conocer refiriéndola á nuestra habitual manera de sentir, de juzgar y de expresarnos.

mosos endecasílabos castellanos pierden su delicadeza, fluidez y armonía, con la monótona declamación francesa, la cual fatiga nuestro oído y desazona nuestro espíritu. Y últimamente, Maiquez, desde sus primeros pasos en la carrera cómica, se convenció de que la sencillez y naturalidad debían siempre ser preferidas á la afectación pedantesca y fastidiosa tan aplaudida en su tiempo; por consiguiente no podía ménos de descartar de la escuela francesa cuanto aparece en ella para los españoles como exagerado y áun ridículo, y atenerse únicamente á las máximas de propiedad, conveniencia y buen gusto, dotes particulares de toda escuela que, como la francesa, está fundada en principios invariables, en doctrinas controvertidas, sacadas inmediatamente del estudio de la naturaleza humana. Penetrado de estas razones, no se dejó arrastrar como otros de la novedad, y de aquel falso entusiasmo que tan fácilmente trastorna el buen sentido. Observó con mucha atención; meditó profundamente sobre los motivos de su arte; comparó con acierto; y acostumbrándose á distinguir lo bueno, lo útil y verdadero, de lo que solamente es mediano, perjudicial ó facticio, hizo suyo propio todo cuanto le pa-

reció podía hallarse en perfecta armonía con la escena española, y con la índole particular de nuestra lengua. En fin, viendo ante sus ojos otro mundo artístico superior al que ya conocía, desplegó su ingenio levantándole á una altura de pocos alcanzada, creando por sí mismo un nuevo sistema de representación natural, majestuoso y variado, muy distinto en sus manos del que manejaban Talma y Clauzel, y al cual difícilmente se llega sin tener las grandes dotes que adornaban su alma. En una palabra, su estudio fué el de un hombre dotado de espíritu analizador, no el de un escolar siguiendo ciegamente la rutina de su maestro.

Isidoro, no obstante el orgullo que sin duda tenía, y de que sus compañeros le acusaron, siempre se consideró inferior á Talma, y áun le llamaba su maestro en las cartas que le escribía; pero Talma afectaba no admitir semejante título, repitiéndole en sus contestaciones cuán bochornoso le era recibirlo de un artista en quien concurrían ventajas tan superiores á las suyas. No obstante esta aparente modestia, Talma en el fondo de su pecho se juzgaba el modelo del hombre cuya fama había traspasado los Pirineos, y extendídose por casi toda la Eu-

ropa; y ese mismo principio de amor propio le obligaba á confirmar el mérito de Maiquez, segun la pintura que de él le habian hecho sus mismos paisanos (1). Así es que en el año 1818, hallándose Talma una tarde en el café del teatro de Tolosa, reunido con varias personas, entre ellas un español digno de crédito, que nos ha referido este pasaje, comenzaron á hablar acerca de las tragedias de Otelo y Oscar que aquel estaba ensayando para ejecutarlas en la misma ciudad, y haciendo Talma la calificacion de varios actores, dijo entre otras cosas: *Maiquez ha aprendido de mí, pero indudablemente me supera en estas dos tragedias.*

De todos modos será siempre un título de

(1) En comprobacion de esto mismo, y á falta de las cartas del trágico frances, servirá el siguiente párrafo de una que el hermano de Maiquez (D. Juan) escribió en 1827 al autor de estos apuntes, con objeto de suministrarle noticias acerca de la vida de aquel. «Siento mucho que se »hayan extraviado dos cartas de Talma, en que, »hablando con exageracion del mérito de mi hermano, le persuadia dejase estos lugares, y pasase »á gozar en una casa de campo los bienes con que »su nacion le habia premiado, haciéndole feliz con »acabar los dias en su compañía.»

gloria para Talma haber servido, con la superioridad de su mérito, para poner en movimiento las facultades naturales de Isidoro, quien ingenuamente confesaba deber á aquel hombre extraordinario el rápido vuelo que habia tomado su imaginacion con sólo verle en la escena.

Permaneció Maiquez en Paris el resto del año 1799 y todo el 1800, constantemente ocupado en su plan favorito, del que nada podia distraerle, halagado siempre con la lisonjera esperanza de recoger en su patria el fruto de su atrevimiento y de sus penosos afanes.

En el mismo año regresó á Madrid con la mayor premura; y zanjados que fueron en pocos dias algunos negocios que reclamaban su presencia, volvió á Paris, adonde le llamaba el objeto primario de sus constantes desvelos. Continuó, pues, bajo su anterior sistema de observacion, sin perder nunca de vista á Talma y Clauzel, á fin de formar su caudal de ideas para ejecutar bajo las máximas del buen gusto, á la manera que un pintor observa las obras maestras de la antigüedad con el fin de no separarse del sendero de la exactitud y de la belleza. Pudo haberlos estudiado más, segun él mismo

decía muchas veces, sin duda porque halló en ellos mayor número de bellezas que en la generalidad de esta clase de artistas; pero su posición no era la más ventajosa para dedicarse por mucho tiempo al estudio. Habiendo cesado al tercer ó cuarto mes la asignación concedida por Godoy, y más tarde los auxilios que le dispensaba la generosidad de la señora Condesa Duquesa de Benavente, quedó atendido á un escaso socorro que alguna vez le enviaba su esposa (1), al corto remanente que le quedaba del dinero tomado en Madrid, y al poco metálico que le dieron por sus libros: y como al mismo tiempo su amor propio le excitase á disfrutar cuanto ántes de los aplausos lisonjeros que le reservaba la corte, y que tanto halagaban su ambición, resolvió regresar á su patria á principios de 1804, como en efecto lo verificó.

(1) La Antonia Prado, actriz de mérito y de regular hermosura.

IV.

Representábase en la férvida fantasía de Isidoro el nuevo campo abierto á su ambicion de gloria; campo espacioso ensanchado por sus propias manos, y en el que se prometia alcanzar numerosos triunfos á favor del nuevo espíritu que le alentaba, y de las nuevas fuerzas que habia adquirido con el estudio y la observacion. Estas ideas lisonjeras le hacian tolerable la penosa situacion en que se encontraba.

Llegó á Madrid reducido á la mayor miseria, pues, como él referia muchas veces, los cabellos se le salian por las roturas del sombrero. Púsose á la cabeza de una compañía cómica, compuesta en su mayor parte de jóvenes principiantes, ó de meros aficionados; y con la confianza que su mérito le inspiraba abrió el teatro de los Caños del Peral, dando principio á sus representaciones en Junio del mismo año.

La comedia de *El Celoso confundido*, con

que Maiquez se estrenó, fué muy bien ejecutada y extraordinariamente aplaudida; y no lo fueron ménos *La Real Jura de Artajerjes*, *El Severo Dictador*, y *Radamisto y Zenobia*. El lujo en decoraciones, trajes y comparsas; y sobre todo el órden y decoro en la ejecucion, produjeron una sensacion profunda, tanto más sorprendente, cuanto ménos acostumbrado se hallaba el público á ver nobleza y dignidad en la escena. El nombre de Isidoro resonaba con aplauso: todos los inteligentes hacian justicia á su mérito: todos vieron confirmado el presagio feliz que habian tenido cuando supieron su atrevida resolucion de ausentarse de su patria impulsado por el deseo de aprender: y sin rivales que le inquietasen; objeto de admiracion pública; apreciado de todas las clases; favorecido hasta del bello sexo, y bajo la egida del que en aquel tiempo fué árbitro de los destinos de nuestra patria, Maiquez se halló colocado en aquella risueña situacion tan lisonjera para la ambicion humana, cuando las satisfacciones se anticipan á los deseos, y la felicidad real sobrepuja á la esperanza.

Pero este mismo estado de preponderancia, debido á su mérito, era precisamente lo

que con más fuerza despertaba la envidia de sus émulos. Estos, á pesar de la incomparable habilidad y maestría de Isidoro, no cesaban de rebajar por todos los medios posibles la grande opinion que habia sabido labrarse desde su vuelta de Francia, á fuerza de ofrecer á los espectadores bellezas artísticas desconocidas en nuestro teatro. Al principio le sindicaban de un simple copiante de Talma, porque precisamente ejecutó las funciones favoritas de este insigne actor. Pero cuando le vieron ejecutar cien piezas diferentes con igual maestría, y sin poderle acusar en ellas de copiante servil, variaron de lenguaje diciendo que al fin todo lo ejecutaba segun la escuela de Talma: asercion muy absurda en sí misma atendido el carácter peculiar y diametralmente opuesto de ambas escuelas, y que nó obstante ha tenido muchos prosélitos, á pesar de las repetidas pruebas con que Isidoro demostró haber sido su maestro principal la naturaleza, de quien tomó siempre las ideas de lo grande y de lo bello. No pudiendo por este camino vulnerar su reputacion, ni desconocer sus detractores la maestría sin igual con que trabajaba en el género trágico, al cual se dedicó especialmente desde su regreso de

Francia, se cebó la envidia en divulgar, con aire de confianza y satisfaccion, que si Maiquez en la tragedia era excelente, no así en la comedia; y que convencido él mismo de su nulidad para semejante género, se abstenia de entregarse á él temeroso de desacreditarse. No se pudo concebir una inculpacion ni más aventurada, por lo fácil que era destruirla, ni más á propósito para manifestarnos el eminente actor que poseíamos. Maiquez, cuyo amor propio era tan colosal como su mérito, no pudiendo permanecer mucho tiempo indiferente á detracciones tan gratuitas como injustas, creyó llegado el momento de confundir á la ignorancia y de una vez adornar su frente con los nuevos laureles que la fama le ofrecia.

Inflamado por este pensamiento, viósele instantáneamente invadir todos los géneros de la poesía dramática, así antigua como moderna, nacional como extranjera, sin que en ninguno dejase de ser siempre el mismo, siempre superior á las dificultades, siempre en fin inimitable. *García del Castañar, Fernelon, el Vano Humillado, Oteló, Orestes, el Pastelero de Madrigal, la Casa en Venta, el mejor Alcalde el Rey, la Zaira, el Rico hombre de Alcalá, el Distraido, el Diablo*

Predicador, Pelayo, el Convidado de Piedra, Numancia destruida, y hasta la ópera del *Califa de Bagdad*, hallaron en Isidoro un actor digno de desentrañar profundamente las pasiones, los caracteres y situaciones dramáticas, dando á muchas de estas composiciones una celebridad no merecida; y la escena vió brillar en su centro un artista que nunca tuvo rivales. La facilidad extraordinaria de este actor eminente para plegarse á pasiones y caracteres los más opuestos entre sí, no podia dejar la menor duda del vastísimo estudio que habia hecho del corazón humano, y deshacer la idea equivocada de ser un simple copiante del modelo de la escuela francesa. Los mismos franceses que por los años 40 y 44 le vieron en una ocasión pintar con la mayor vehemencia los furores de Cain, y al día siguiente revestirse de la piedad y mansedumbre del Arzobispo de Cambray, confesaron unánimemente que su célebre Talma no era capaz de sostener un tránsito tan asombroso entre caracteres tan opuestos. En efecto, si he de dar crédito á la general opinion de los inteligentes, el trágico francés tenia su principal mérito más bien en el género terrible que en el patético, y más en el trágico que

en el cómico (1). Maiquez abrazaba todos los extremos. Si era sublime en *Oscar*, *Otelo* y *Cain*, no lo era ménos en *El Delincuente Honrado*: si sabia revestirse de la majestad imponente del Rey D. Sebastian, le era igualmente familiar la truhanería de Gabriel el Pastelero: no puede exigirse más de un buen imitador del hombre.

Seria empresa superior á nuestras fuerzas seguir la serie de aplausos y triunfos alcanzados por el mérito eminente de Isidoro, cuyo sólo nombre llevaba al teatro todo el pueblo por despreciable que fuese la funcion, á trueque de disfrutar del inmenso placer de ver retratadas las pasiones con el atrevido pincel de aquel artista inimitable.

Así continuó, á pesar de la envidia, cu-

(1) Por espacio de muchos años se abstuvo Talma de dedicarse al género cómico, acaso temeroso de que este fuese un escollo para su reputacion; de igual manera que nuestra Rita Luna no se atrevió á invadir el género trágico por un motivo semejante. Talma, sin embargo, en sus últimos tiempos, y cuando ya sus facultades físicas habian perdido el vigor antiguo, desempeñó varias comedias con el acierto que era de esperar; mas sin que por ello haya desmentido el juicio que se tenia formado de no ser igual su mérito en ambos géneros.

briéndose de nuevos títulos de gloria, hasta el año 1805 en que un acontecimiento de bien pequeña importancia en sí mismo, le puso en situación de experimentar los sinsabores á que está expuesto el mérito, cuando los mismos que debieran respetarle no tienen suficiente ingenuidad y franqueza para confesarse inferiores á él. Suscitáronse, con efecto, algunas intrigas de bastidores que irritaron el genio poco sufrido de Maiquez, promovidas principalmente por un actor llamado Cristiani. Isidoro concibió el pensamiento de no escriturarle en la compañía á fin de alejar de su lado aquel perpétuo motivo de desavenencias. Pero Cristiani, valiéndose del favor que le dispensaba el Príncipe de la Paz, consiguió permanecer en la compañía. Ofendido Maiquez en lo más vivo de su orgullo, resolvió dejar el teatro y la capital bajo el pretexto de no poderse sostener aquel por falta de entradas, como así era verdad, porque de intento le descuidó enteramente; pero lo hizo, en realidad, con el objeto de vengarse del desaire recibido como primer actor y director, y para patentizar á sus compañeros que sin su apoyo jamás deberían prometerse la benigna acogida que el público les dispensaba.

Marchó, pues, en el mismo año á Zaragoza, en donde recibió testimonios nada equívocos del ventajoso concepto con que resonaba su nombre en todos los ángulos de de la Península. Su ausencia (convertida en destierro por orden de Godoy, quien juzgó ofendida su autoridad por la determinación de Isidoro, supuesto había mediado en las querellas con sus compañeros) influyó sobremanera en la suerte de los teatros de la capital, que bien pronto empezaron á resentirse de la falta del único atlante que podía sostenerlos sobre sus hombros. Por otra parte los habitantes de Madrid, acostumbrados á ver aquel inimitable modelo del arte escénico, no podían ya soportar ningun espectáculo cómico, faltando el hombre que con sola su presencia entusiasmaba á los espectadores: así, pues, murmuraban altamente contra los causantes de la ausencia de Maíquez, clamando sin cesar porque ésta no se prolongase. El voto general prevaleció, y el teatro recobró su mejor adorno.

Efectivamente, en 1806 obtuvo permiso Isidoro para regresar á Madrid con motivo de hallarse su padre gravemente enfermo; y apenas llegó consiguió también el de representar en el teatro del Príncipe, reciente-

mente reedificado, y en el que era autor Francisco Ramos. Inútil sería detenernos en pintar el júbilo con que fué recibido en la escena. Fíjese la atención en la marcha progresiva de las opiniones de los pueblos cuando recaen sobre personas de mérito reconocido, á las cuales se las supone juguete del poder ó de la envidia, y se podrá formar idea exacta de los extraordinarios aplausos prodigados entónces al héroe de la escena española.

Llegó el año 1808, y con él la ocupacion de la capital por las tropas francesas. El carácter espartano de Maiquez no podia doblegarse fácilmente al yugo de la dominacion extranjera, contra la cual se declaró abiertamente; motivo que le obligó á huir con la mayor precipitacion á Granada, desde donde se trasladó á Málaga. Su emigracion duró poco tiempo: volvió á Madrid en 1809 á ocupar el puesto que le correspondia; y aunque por su profesion nada hubiese de temer bajo la dinastía intrusa, lo intolerable que se le hacia la dominacion francesa acaloraba su imaginacion poco precavida, y respirando constantemente el descontento que abrigaba en su pecho, dió motivo á ser delatado al Gobierno como enemigo del nue-

vo orden de cosas que se quería establecer en España. La consecuencia de esta acusación fué decretar su traslacion á Francia en calidad de reo de Estado; pero sus amigos lograron no tuviese efecto una sentencia tan arbitraria, de la cual hubieran resultado á nuestros teatros los mayores perjuicios; así es que apénas llegó Isidoro á Bayona, se revocó el decreto, permitiéndole volver á Madrid y al pacífico ejercicio de su profesion.

No tardaron mucho los franceses en reconocer el mérito de Maiquez, y en tributarle constantemente los elogios ménos equívocos. Y debemos añadir, en obsequio de la verdad, que ellos sostuvieron el teatro en aquellos años de miseria y desolacion que tan espantosamente affligieron á todos los habitantes de Madrid. José Bonaparte, ya fuese por generosidad, ó porque la política exigia no decayese un espectáculo que es considerado en las naciones civilizadas como el regulador de la prosperidad nacional, asignó al teatro del Príncipe, adonde concurría frecuentemente, la cantidad de 20.000 reales mensuales como ayuda de costa; y aunque este fuese el verdadero objeto de semejante concesion, no se puede desconocer

que tuvo mucha parte en aquella gracia el relevante mérito del director y primer galan del teatro; no siendo esta la única prueba de aprecio que le dió José Bonaparte durante su permanencia en Madrid.

Como el pueblo casi siempre juzga á los hombres con demasiada ligereza, dejándose llevar de falsas apariencias, calificó de adicto al sistema político del conquistador de Europa al que pocos años ántes fué perseguido por patriota; formando un cuerpo de delito de las distinciones que su mérito, y no su persona, habia merecido de los invasores. A consecuencia de tan injusta prevención, cuando las tropas enemigas evacuaron la capital, el público se retiró del teatro del Príncipe, y no volvió á él hasta que el tiempo y los esfuerzos reiterados de la compañía para atraer la concurrencia, consiguieron debilitar su animosidad y su injusticia. Podemos señalar esta época como el principio de las desgracias que en medio de gloriosos triunfos persiguieron á Maiquez hasta el sepulcro.

Anulado en Mayo de 1814 el sistema político que habia regido en España durante la guerra de la Independencia, Maiquez fué acusado de adicto á las nuevas ins-

tituciones, y puesto en la cárcel pública. Su delito, comun tambien á sus compañeros, consistió solamente en la representacion de algunos dramas que respiraban ideas de libertad. Sin embargo, toda la gravedad de la culpa recaía con especialidad sobre el actor eminente que con sin igual energía y un entusiasmo fogoso, difícil de expresar, á no tener una alma tan sulfúrica como la suya, acertó á reproducir en la escena la vehemencia romana en las tragedias de *Roma libre*, *Cayo Graco*, y *Virginia*: ni era posible pudieran perdonarle los terribles acentos de libertad que salian de sus labios para inflamar súbitamente á todos los espectadores.

Mas, prescindiendo del efecto que su animada ejecucion produjese en el público, debió tenerse en consideracion que Maiquez, como actor, no podia excusar el compromiso á que le obligaba entónces la opinion dominante, sin exponerse á riesgos notorios; pero estas razones no fueron bastante poderosas para salvarle. A pesar de todo, los buenos oficios de la amistad, apoyados en la sana opinion de los juiciosos é imparciales, consiguieron conjurar la tempestad que le amenazaba, y trasladarle desde el calabozo á la escena; siendo menester toda la

recomendacion de su nombre para debilitar en los ánimos la idea preventiva con que los espectadores asistieron á sus primeras representaciones.

Resfriada con el trascurso del tiempo la animosidad de aquellos partidos, continuó Maiquez sembrando merecimientos y recogiendo aplausos hasta el año 1817, en que, habiéndose indispuerto nuevamente con sus compañeros, abandonó el teatro y se fué á Córdoba, en donde permaneció algunos meses en compañía del marqués de Vega Armijo, á quien debia un aprecio particular. En 1818 dejó la ciudad de Córdoba con intento de volver al teatro, y llevar á cabo al mismo tiempo un proyecto, con el cual creyó sin duda vengarse de las compañías, de quienes estaba muy resentido; ó tal vez juzgó de buena fe asegurar por su medio la paz interior de los teatros, en que tantas pugnas suele haber por razon de intereses y preferencias. Con este objeto presentó al corregidor de Madrid un nuevo reglamento de teatros, que aprobado por S. M., y puesto en ejecucion, atrajo sobre su cabeza el cúmulo de desgracias que le condujeron al sepulcro. Por un auto muy sensato del Supremo Consejo de Castilla, conserva-

ban las compañías cómicas de Madrid una absoluta independencia en su administracion interior y manejo de intereses, en perfecta armonía con la naturaleza particular de esta clase de establecimientos. La autoridad municipal influía únicamente en la formacion de aquellas, y en la policia exterior de las representaciones, como lo exige el orden público. El autor y los actores, considerados como verdaderos accionistas, atendido el sistema de distribucion que se observaba en sus fondos, cuidaban de todo lo demas, así respecto del fomento de los intereses, como de los espectáculos; todo esto era consecuencia inmediata de la organizacion especial de las compañías. Pero segun el nuevo reglamento, venia á suceder lo contrario. El corregidor, como juez protector de los teatros, podia mezclarse en todo: los partidos, las jubilaciones, las viudedades, las disputas interiores, la distribucion de fondos, la intervencion en su manejo, y hasta la censura de comedias y repartimiento de papeles, debian ser de su atribucion. Maiquez creyó sin duda que de este modo sujetaria más fácilmente á sus compañeros; pero no calculó que en asociaciones de compañía se ofrecen algunas cuestiones de tal

naturaleza, que solamente los intereses comunes pueden arreglar sus diferencias, y que una intervencion extraña puede, con la mejor fe del mundo, causar perjuicios innumerables creyendo obrar en justicia.

Esta falta de prevision es acaso el único desacierto notable en que incurrió Maiquez durante el curso de su vida sobre materias relativas á su arte; error funesto de que debió arrepentirse muy pronto, pues sobre sí mismo recayeron, por desgracia, los efectos de un plan tan poco meditado. Si únicamente hubiese aspirado con él á consolidar más y más la disciplina interior del teatro, y á que la calificacion de las producciones dramáticas estuviese cometida á una junta de literatos juiciosos, en union con los directores de escena, hubiera hecho un servicio importantísimo á los espectáculos escénicos, á los progresos de la poesía dramática, y al honor y decoro que merecen sus autores, tantas veces ajados por la presuncion ó ignorancia de los directores de las compañías cómicas, quienes, á no tener la instruccion competente, jamás debieran juzgar de otra cosa que del efecto teatral de las composiciones (1).

(1) No es España el único país en que ha dominado semejante abuso. ¿Quién creeria que los

No obstante el extraordinario mérito de Maiquez, y sin embargo de los inmensos gastos que le ocasionaban sus frecuentes representaciones trágicas, en las que vestía siempre con mucho lujo, no consiguió jamás que su partido excediese de 60 reales, á excepcion de los años 1811 y 12 en que disfrutó el de 70. Y mientras que Talma recorría las capitales de Francia exigiendo cinco francos por persona, y regresaba á Paris cargado de riquezas, Maiquez yacia casi en la miseria, absteniéndose muchas veces de ejecutar algunas funciones por no tener dinero para costear el traje correspondiente. Así por esta causa, como por mejorar el deplorable estado de sus intereses, y poder pagar algunas deudas contraídas en el año 17 se vió obligado á trabajar por su cuenta todo el mes de Julio del 18; y el público de Madrid debió á tan inesperado

inmortales Corneille y Racine tuvieron que mendigar el favor de los actores de su tiempo, y sufrir pacientemente sus repulsas? Sin embargo, debo decir en honor de la verdad, que posteriormente se ha establecido en el teatro del Príncipe una junta de lectura para juzgar las piezas nuevas que se presentan: pensamiento que el autor de este escrito habia concebido muchos años ha.

incidente el ver representadas en pocos dias las obras favoritas con que le habia tenido admirado por espacio de muchos años. Pero este esfuerzo extraordinario, que se puede llamar su despedida del teatro, en la estacion ménos á propósito para trabajar en el género trágico, acabó de arruinar su quebrantada salud, y precipitó los efectos de la extraña enfermedad que le consumia oculta y lentamente. Mucho tiempo habia que Maiquez se quejaba de un ruido sordo é incómodo en el pecho, atribuido unas veces á cansancio del pulmon, otras á exceso de bilis. Llamábale con sumo gracejo, *mi gato*; y como era naturalmente aprensivo, ninguno llegó á persuadirse que su vida se hallase en tanto peligro como el que desgraciadamente acreditó despues la experiencia.

A pesar del notable deterioro de su salud, Maiquez continuó trabajando algunos meses por consideracion á sus compañeros, con quienes se habia reconciliado sinceramente; y en el mes de Setiembre del mismo año recibió la prueba más lisonjera del extraordinario aprecio que le dispensaba el público madrileño. En uno de los dias de Pascua representó á *García del Castañar*, papel en que siempre habia recibido aplausos sin nú-

mero. Apenas se presentó en la escena soltaron desde la tertulia dos palomas, llevando pendientes del cuello unas tarjetas en alabanza de Isidoro; obsequio que ya habia recibido anteriormente en los Caños del Peral despues de su regreso de Francia (1). Si bien pudo lisonjearle este inusitado triunfo, no desconoció tampoco á cuántos riesgos le exponia en medio de una córte suspicaz, que con recelo y áun envidia contemplaba los muchos laureles con que el pueblo entusiasmado adornaba su cabeza. Bien lo dió á conocer en esta ocasion esa misma córte, mandando instruir expediente en averiguacion de

(1) En tiempo de Maiquez ese género de ovaciones era desconocido, asi para los actores como para los poetas dramáticos. En el nuestro vemos coronar frecuentemente en la escena á medianos actores, y pedir se presenten en ella para recibir aplausos hasta los traductores de dramas franceses. El triunfo de Maiquez fué por lo tanto más completo; porque sólo por él y para él se dió un paso que en aquella época podia calificarse de escandaloso. Y ese escándalo debia parecer tanto mayor, cuanto que los aplausos concedidos al actor eminente, despertaban celos en personas de elevada gerarquía. Estos aplausos labraron su ruina.

los causantes de tan extraordinario obsequio; pero afortunadamente le hallaron todos tan justamente merecido, que la noble reserva de cuantos conocian á las personas causantes de aquel hecho, reputado casi como criminal, puso á cubierto de las tropelías de un poder irascible á una familia agradecida á Isidoro y admiradora de su mérito. Maiquez concibió instantáneamente todas las consecuencias de aquel hecho; y así fué que al entrar dentro de bastidores dejó sumamente consternados á sus compañeros exclamando: *amigos míos, me han perdido*. Vaticinio confirmado despues por una triste experiencia.

V.

La salud de Isidoro decaía visiblemente, y las incesantes tareas escénicas acabaron de arruinarla. Sin embargo, su buen ánimo y la aparente robustez de su persona le alucinaban hasta el punto de no conocer él mismo el inminente riesgo que corria. Hácia los meses de Octubre ó Noviembre del mismo año pidió el Rey la tragedia de *Pelayo*,

con baile en los entreactos. Conociendo Maiquez que toda clase de intermedios es perjudicial al efecto trágico, y sobre todo el baile, que por su índole particular no guarda la menor relacion con la tragedia, se presentó al corregidor, y en seguida al ministro de Gracia y Justicia, á fin de conseguir que S. M. variase de idea, ofreciendo ejecutar, en caso contrario, en vez de bailes, comedias en un acto. Accedió S. M. la víspera de la funcion á que en lugar de bailes se hiciesen comedias; y entónces Maiquez dispuso para primer intermedio *El Español y la Francesa*; para segundo *La Prueba feliz*, y para tercero *El Cuadro*. En todas estas piezas trabajó él; y puede asegurarse que la fatiga de aquella noche, sobre el excesivo trabajo durante lo riguroso del verano, rindió su naturaleza, apoderándose de ella una debilidad y abatimiento extraordinarios.

Con tan desventajosa disposicion física se empeñó en ejecutar la *Numancia*. En vano intentaron disuadirle sus amigos, haciéndole las más fuertes reflexiones sobre los esfuerzos violentos que exige la declamacion trágica, peligrosísimos en el estado decadente de su salud: todo fué inútil: llevó á cabo su idea, y el teatro le perdió para siempre.

Verificóse la representación de aquella tragedia en las noches 24 y 25 de Noviembre de 1818; y en la última se declaró la penosa enfermedad que desde luego calificaron de mortal los facultativos, realizándose entónces los anteriores presentimientos de Isidoro. Agotáronse en alivio suyo todos los recursos de la medicina: asistido con el mayor celo por los facultativos de más crédito; constantemente rodeado de su familia, compañeros y amigos, que temian á cada instante perderle para siempre, pudo sobrellevar con ánimo tranquilo las penalidades de su enfermedad: por último, se creyó asegurada la victoria juzgándole fuera de peligro. El mismo se lisonjaba con esta idea, complaciéndose en anunciar á sus amigos que muy pronto pondria en escena *El Jugador*, como obsequio debido á la amistad que le dispensaba su autor, y la tragedia titulada *Macbet*; la que en su juicio debia producir un efecto superior al de las demas ejecutadas por él anteriormente. El público esperaba con ánsia verle de nuevo en el teatro para indemnizarle de sus padecimientos, cuando una de las consecuencias de su malhadado reglamento de teatros vino á consumir el sacrificio de su vida.

La dependencia absoluta en que Maiquez se hallaba respecto de la autoridad inmediata de los teatros, cual era entónces la del juez protector, debió haberle hecho más prudente y ménos obstinado de carácter, y obligá-dole á suscribir á la imperiosa ley de la necesidad. Pero léjos de hacerlo así, él mismo se ofreció á ser la primera víctima de su propia obra. Ya de antemano se hallaba indispuerto con aquella autoridad por haberse negado tenazmente á representar una comedia nueva, escrita por un amigo del juez protector. Ocultas han permanecido las causas que le impulsaron á tan obstinada negativa, porque si bien dijo repetidas veces que aquella composicion le parecia mala, no se concibe fácilmente que este fuese el verdadero motivo de su repugnancia, puesto que ejecutaba con frecuencia otras mucho peores, las cuales recibian en sus labios un calor y vida que de igual modo pudo haber comunicado á la comedia que se le ofrecia, si su ánimo hubiese estado predispuesto á satisfacer los deseos de su inmediato jefe. Sea de esto lo que fuere, no cabe duda en que la prevencion de ánimo del juez protector dió márgen á que se pusieran en juego, y fuesen acogidas favorablemente, nuevas intri-

gas de bastidores dirigidas por los actores Prieto, AVECILLA y Cristiani; pero con especialidad por el primero, que, olvidándose de que debía á Maiquez su venida á Madrid y la importancia que llegó á tener en la escena, era quien más acaloradamente le hacia guerra cruda y de mala ley. Su punto de ataque se reducía á pedir que aquel desempeñase la parte que como á primer actor le correspondía, porque de lo contrario pesando esta sobre su persona, hacia sumamente ímprobo su trabajo. Maiquez por su parte alegaba constantemente la gravedad de sus padecimientos físicos como causa legítima para excusar su salida á la escena; y aunque estos eran por desgracia demasiado ciertos, fueron calificados de especiosos pretextos dictados por su malicia, y aún se llegó á juzgar como sospechosa la conducta de Isidoro. Reiteráronse las órdenes de la autoridad, conminándole si no se presentaba en la escena; y aunque pudo haber dado pública satisfaccion de cuán justos eran los motivos que le obligaban á la negativa con sólo haber salido una noche al teatro, se obstinó absolutamente en no hacerlo, apoyándose en las mismas razones que alegaba siempre. Este rasgo de tenacidad acreditó el hecho apa-

rente de desobediencia á la autoridad inmediata: el corregidor Arjona le hizo arrestar; dió cuenta de todo al ministro de Gracia y Justicia Lozano de Torres; y elevado á conocimiento de S. M., sin más trámites ni formalidades, se decretó la jubilacion de Maiquez y su destierro á Ciudad-Real.

El dia 18 de Junio de 1819 le comunicaron la Real orden, y en el mismo dia por la tarde fueron las dos compañías cómicas á entregar al rey una representacion en nombre de Isidoro Maiquez. En ella hacia presente no haber sido su ánimo; como se decia, desobedecer las órdenes de la autoridad, á quien tan sólo habia expuesto la imposibilidad física en que se hallaba de poderlas cumplir; y para mayor prueba de lo dispuesto que se encontraba siempre á sacrificar hasta su propia vida, á trueque de alejar la nota de desobediente con que le sindicaban, pedia se le concediese siete ú ocho dias de término para ensayar las funciones que habia de ejecutar, no obstante el estado peligroso de su salud. Pero esta reclamacion llegó tarde; ni ya era posible desvanecer con ella la sospecha á que habia dado lugar con su obstinada resistencia á las órdenes superiores.

En vano la amistad y el favor pretendieron interponerse entre el poder y la víctima; nada bastó á contener los efectos de una sentencia sin apelacion. Ejecutóse en todas sus partes; y con una escolta de caballería y en un carruaje, que se le hizo pagar, ajustándole anticipadamente en nombre suyo, salió Maiquez para su destierro en la madrugada del siguiente dia, acompañado de los votos afectuosos de sus amigos, de sus compañeros, y de la parte sana del pueblo, que veia en este incidente el último suspiro de la prosperidad de nuestro teatro.

Llegado al punto de su destierro experimentó Isidoro alguna mejoría; pero bien pronto recayó peligrosamente, y se cercioró de que el clima de Ciudad-Real no convenia á su salud. Apoyado por los facultativos, solicitó y obtuvo permiso de S. M., en 30 de Agosto de 1819, para dedicarse á su profesion en Andalucía; pero privándole de pasar más allá de Sevilla. Efectivamente, en 25 de Setiembre del mismo año salió de aquella ciudad acompañado de su hija, muy niña á la sazón, y de un criado; y llegó el dia 29 de Noviembre á la de Granada, cuya temperatura y hermoso cielo le eran bien conocidos. Es de advertir que en medio de

tantas penalidades, no era la menor su grande escasez de dinero, pues se vió precisado á vender en Andújar varios cubiertos de plata para poder continuar su marcha hasta Granada.

Llegó, pues, á esta ciudad enfermo y poseído de una extremada hipocondría, en términos de negarse á todo trato y comunicacion, y ocultando á la confianza de sus más íntimos amigos la causa secreta que la motivaba, y que por mi parte me abstengo tambien de revelar, por respetos á la noble reserva de Isidoro, y al nombre de las personas que fueron objeto de ella.

No obstante el abatimiento de su espíritu, la primera diligencia que practicó apénas llegó á Granada, fué indagar los medios de incluir á su hija en el colegio de niñas nobles establecido en aquella ciudad. Semejante resolucion, fruto del funesto presentimiento de su próximo fin, hubiera sido llevada á efecto, á no haberse interpuesto una persona que se propuso dar á Maiquez una prueba insigne de la amistad sin límites que le profesaba. Aquel estudiante de la universidad de Granada que en el año de 1794 contrajo relaciones amistosas con Isidoro, las cuales habian quedado inter-

rumpidas desde el de 1809, en que con motivo de la emigracion se trasladó éste á dicha ciudad, se hallaba á la sazón establecido en ella desempeñando el cargo de notario eclesiástico. D. Antonio Gonzalez, que es la persona de quien se trata, concibió el designio de llevarse á su casa la hija de su amigo, para que, en union con cinco niños menores que tenia, y al lado de su esposa, pudiera recibir la esmerada educacion y las virtudes de que esta señora se hallaba adornada. Maiquez consintió en ello, no sin bastante resistencia; pero su alma quedó tranquila respecto de un punto que tanto habia contribuido á acibarar su sensible corazón.

A pesar del mal estado de su salud, ya sea que su espíritu le engañase, ó acaso (y es lo más cierto) le forzase á ello la necesidad, distribuyó los papeles para representar las tragedias de *Nino II* y *Orestes*. Es de advertir que, no obstante el atraso de sus intereses, habia resuelto destinar el producto de la segunda á cierta casa de educacion, y el de la primera á beneficio de los niños expósitos.

En medio de su estado de pobreza tuvo el consuelo de que nada le faltase de cuanto

pudiera contribuir á su alivio; puesto que para excitar su apetito se le facilitaba una mesa llena de manjares que saciasen su vista, ya que no era posible hacerle tomar alimento. Pero áun en ese estado se descubria la altiva arrogancia de su carácter propenso á la grandeza, pues no consentia que el plato más delicado que se retirase intacto de la mesa, se le volviese á presentar nuevamente en ella. Tan excesivo gasto apenas podia cubrirse con los socorros que le suministraba su amigo D. Vicente de Ahita, ya anticipándole lo que devengaba como actor jubilado, ya remitiéndole el importe de la venta ó empeño de varias alhajas pertenecientes á Maiquez que aquel conservaba en su poder. A todos los desfalcos salia, sin embargo, la actividad y diligencia de Gonzalez. Este, á fuerza de perseverancia, logró que D. Francisco Jover, del comercio de aquella ciudad, le sacase de los mayores apuros, pues no sólo cubrió gran parte de los gastos que van referidos, sino que satisfizo los del carruaje en que Maiquez llegó á Granada, pagó los alquileres de la casa que habitaba, y suplió los gastos de entierro, funeral, etc. Este rasgo de filantropía hace el mejor elogio del señor Jover.

Otro vecino de Granada, llamado D. Andrés Seré, tuvo la generosidad de desprenderse de la suma de dos mil reales para socorrer á Maiquez en sus últimos momentos; suma que le fué luego resarcida con el traje que aquel usaba en la tragedia de *Otelo* (1).

Al mismo tiempo varias personas le ofrecían sumas cuantiosas á préstamo por el trabajo de un año, parte en empresa; pero hizo desistir á todos de esta especulacion, porque desde el principio se decidió á sostener en ella con las entradas á D. Francisco Jover, el cual se habia arruinado en los años anteriores con la misma negociacion, y á quien además debia el especial favor que acabo de referir. Mas así este como el anterior proyecto de su generosidad, que sin duda ma-

(1) D. Andrés Seré, jóven frances, criado en España, director de la casa de comercio conocida con el nombre de Lati, sólo conocia á Maiquez de fama; pero solicitado por Gonzalez y movido de su compasivo corazon, facilitó aquella suma precisamente el mismo dia en que necesitaba echar mano de todo el metálico existente en arcas, para pagar una letra muy considerable. Al entregar dicha cantidad á Gonzalez le dijo: «Tome usted; aunque me haga falta, nada importa: primero es socorrer á ese desgraciado».

nifiesta un corazón sumamente benéfico, se hicieron ilusorios. Apoltronado en su rincón, dominado de un mal interior desconocido, pero harto eficaz para producir suspensiones tan largas en la respiración, que parecía imposible pudiese vivir tanto tiempo sin ella, y mantenido además con agua sola, adquirió tan excesiva pesadez que no le permitía moverse. Tomó un coche para pasear; pero como experimentase mucha fatiga al subir ó bajar la escalera, y por otra parte una perpétua melancolía le tuviese entregado al mayor abatimiento, apenas le ocupó dos ó tres días en el espacio de un mes. De aquí resultó hinchársele los pies, moverse únicamente para ir de la cama á la mesa, y faltar acción en su estómago para las digestiones.

El incremento que tomaba la hinchazón alarmó á cuantos le rodeaban, quienes vieron muy pronto realizados sus temores un día en que Isidoro perdió el habla y la vista, sin que apenas se le notase la respiración. Acudieron inmediatamente con los socorros de la medicina, y volvió en sí; pero advertido del riesgo en que se había hallado, pidió le suministrasen los auxilios espirituales, haciendo previamente su disposición testamen-

taria, por la cual instituíla heredera universal á su hija. ¡Heredera!.... ¿Y de qué?.... Nada le quedaba ya, sino la tierra para recibir su cadáver.

Vuelto de aquel mortal parasismo, su incesante anhelo era el ver á su hija, alejada cautelosamente de su presencia, á fin de evitarle dolorosas sensaciones. Mas la señora á cuyo cuidado se hallaba encomendada aquella, sensible á los ruegos del padre, se la presentó. No es fácil describir la escena muda, y en gran manera patética, que tuvo lugar entre el padre y la hija, ni el doloroso recuerdo que de ella conservaban los que la presenciaron. Maiquez asió tiernamente á su hija, la puso de pié sobre su cama frente á frente, y con mirada incierta y vaga la examinó por largo rato de piés á cabeza, sin pronunciar una sola palabra. En seguida desasiendo la mano derecha, con ella bendijo á la niña por tres veces; clavó sus ojos en ella; se le bañaron en lágrimas; apartaron de su lado á la desventurada criatura llena de congojosa angustia, y él se tendió vuelto de espaldas á los circunstantes, sin haber desplegado sus labios.

Á pocos momentos de tan funesta entrevista, el cerebro de Isidoro sufrió un tras-

torno completo. Abrasábale la fiebre; y loco furioso, é impulsado de la ardiente sed que le devoraba, se arrojó precipitadamente del lecho, aprovechando la ocasion de hallarse sólo; y asiendo dos grandes botellas de cristal que llenas de agua habia sobre una mesa, las derramó una tras otra sobre su pecho hasta apurarlas; y sin cesar de pedir agua, exclamaba: «*Hermanos, dadme agua, que Dios á nadie la ha negado.*» A estas voces acudieron todos, volviéronle á la cama con sumo trabajo, y persuadidos de que en el estado de delirio en que le veían, la prudencia aconsejaba tomar todo género de precauciones, alejaron de su lado cuanto en su frenesí pudiera servirle de instrumento para siniestros fines. Además se instalaron á su lado dos hombres que le vigilasen noche y dia; sin contar su amigo D. Antonio, que no se apartaba de su lecho.

Al dia siguiente, sin haber dormido, porque el sueño le habia abandonado completamente, amaneció fingiéndose mudo; y con ademanes mímicos se esforzaba en significar á su amigo le trajese una espada que tenia dentro de un baul situado en otro aposento; y como Gonzalez figurase no comprenderle, señaló un clavo grande que habia

sostenido un espejo en frente de su cama, indicándole se le proporcionase. Es evidente que el extravío de su imaginacion le inspiraba el pensamiento de suicidarse.

A poco tiempo dejó aquella ficcion, ó recobró en efecto el uso de la palabra para pedir nuevamente, y con mayor ansiedad, agua, agua; pero no por eso queria beberla, ni tampoco ningun otro líquido, y ménos consentir que persona alguna lo probase, suponiéndolo envenenado. Al propio tiempo se incorporaba en la cama, y mirando á los circunstantes con rostro lívido y ojos desencajados, los hacia descubrir cuerpo y manos, juzgando que todos conspiraban contra su vida.

En la noche de aquel mismo dia llegó á su colmo el delirio de Isidoro, y el susto y espanto de cuantos le rodeaban. Valiéndose de un pretexto muy natural para burlar la vigilancia de los que cuidaban su persona, bajó de la cama envuelto en su capa, fué poco á poco ganando terreno, y saliendo de la alcoba con pretexto de llamar á su criado, ganó la habitacion inmediata ántes que nadie pudiera impedirselo. Aquella habitacion tenia dos puertas; una que daba salida á los corredores y se habia cerrado con el fin de

que no le dañase el excesivo frío que por ella entraba, y otra que conducía á una antecocina. Al llegar á ésta, hizo salir delante, con la única luz que los alumbraba, á su sobrino y á su amigo Gonzalez, y él, quedándose detras con su confesor que le ayudaba á sostenerse, echó el cerrojo á la puerta, quedando ambos solos y encerrados. Difícil sería describir la escena trágica á que dió motivo este singular episodio de la enfermedad de nuestro Maiquez. Su confesor, viéndose á oscuras y solo con un hombre en completo estado de demencia, trémulo y lleno de espanto procuraba por todos los medios posibles libertarse de sus manos; pero Maiquez le detenía con todas sus fuerzas, diciéndole que los de los corredores, armados de puñales, le aguardaban para asesinarle. En tan crítico momento, y temeroso Gonzalez de las funestas consecuencias que pudiera producir aquel inesperado incidente, dió la vuelta con toda prontitud al corredor, y á viva fuerza violentó la puerta que conducía á la habitación. Entónces Maiquez soltó á su confesor; arrojó al suelo la capa que le servía de único vestido; asió una tabla de cama que halló casualmente á su inmediacion, y diciendo que tenía en su

mano la clava de Hércules, comenzó á descargar golpes desaforados sobre paredes y puertas, en términos de que nadie se atrevía á llegar á su persona. Todos le observaban desde léjos llenos de espanto, y temiendo se arrojase por la ventana de la habitacion, en cuyo antepecho llegó á montarse; pero afortunadamente se limitó á gritar repetidas veces y con angustiosa voz: *Vecinos, acudid pronto, á la vuelta, que están asesinando á un eclesiástico*. Entónces, aprovechando el momento en que no le era fácil hacer uso de la clava de Hércules, acudieron sus amigos y otras varias personas atraídas por lo singular de aquel suceso, y Maiquez, por un movimiento indeliberado, que carece de explicacion en semejantes crisis, soltó la tabla, y bañado en sudor frio se arrojó en brazos de un desconocido, ya agotadas sus fuerzas y en estado casi cadavérico. Lleváronle entre todos al lecho, en donde pasó el resto de la noche entregado á un profundo letargo, del cual se prometieron sus amigos conseguir algun alivio.

Así se verificó en efecto. Al siguiente dia amaneció tranquilo y en su estado natural, si bien divagaba en sus ideas; pero por momentos fué recobrando completamente

su juicio, hasta el punto de recordar alguna de las escenas de la noche anterior. Interrogado acerca de ellas, contestó que su razon experimentó aquel trastorno por habersele fijado la idea de que habian asesinado á su hija para arrebatarle su herencia; y que al propio tiempo trató de escaparse para ir á beber agua al Genil, acosado por la sed que le devoraba.

La mejoría aparente que se advertia en Maiquez no era otra cosa que el síntoma decisivo de la proximidad de la muerte. Sin embargo, todos, incluso el paciente, se equivocaron, durando su engaño hasta que sobrevinieron nuevos síntomas para desva-vecer sus lisonjeras esperanzas. Continuos y abundantes sudores, rápida hinchazon de todos sus miembros, y la asombrosa debilidad que lentamente le consumia, dieron bien pronto á conocer no hallarse muy lejano el término de aquel hombre extraordinario. En vano procuraba consolarle su inseparable amigo: Maiquez conocia bien su estado, y con ánimo resuelto renunciaba á una vida que no podia conservar. En momentos tan solemnes su alma se alimentaba de pensamientos nobles y piadosos, entregándose al propio tiempo á las dulces emo-

ciones de la ternura y de la amistad. Un día estrechando entre sus escuálidas manos las de su amigo D. Antonio, le dijo enternecido: *amigo mio, tarde he llegado á conocer la fina amistad de usted: mucho le debo, y no puedo corresponderle cual quisiera... Usted es mi único apoyo: perdoneme todas mis locuras y molestias, y procure usted disculparme con los que no me conocen.*

A los siete dias siguientes al del acceso de locura, despues de haber recibido todos los consuelos de la religion, espiró tranquilo sentado en su lecho, y sin haberse alterado notablemente sus facciones. El facultativo que le asistió durante su enfermedad se habia propuesto escribir una memoria refiriendo los fenómenos singulares que observó en su curso; porque en concepto de aquel, la enfermedad de Isidoro ofrecia un conjunto extraordinario y filosófico, digno de llamar la atencion de los inteligentes. Ignoro si lo habrá realizado.

Isidoro Maiquez falleció en la noche del dia 18 de Marzo de 1820, á los 52 años de edad. Pobre y desvalido, debió á la amistad todo cuanto puede exigirse de ella; y á la piedad cristiana la humilde fosa que guarda

sus cenizas (1). Y sólo así podía recibir el último obsequio de que aún los más infelices no se ven privados en su tránsito á la eternidad; puesto que si entre su amigo D. Antonio y su propio criado no hubiesen reunido el dinero necesario para la mortaja, y no hubiera satisfecho D. Francisco Jover el importe de la caja mortuoria, su cadáver habría pasado por el indecoroso trance de ser conducido al cementerio como el del sér más despreciable de la sociedad. Mas no fué este el único incidente que vino á patentizar la aciaga estrella que le perseguía aún despues de su muerte. Al siguiente dia fué trasladado el cadáver á la iglesia parroquial de San Matías, dispuestos sus amigos á costear las exequias que en aquella misma tarde debían celebrarse. Pero no siendo posible que

(1) Tal vez hubiera llegado á perderse hasta la memoria del sitio en donde fueron depositados los restos mortales de Maiquez, si el celo y laudable generosidad del distinguido actor D. Julian Romea no les hubiera dispuesto otro albergue más decoroso y noble, volviendo de ese modo por el honor del arte, y por la memoria del hombre extraordinario á quien el teatro debió su engrandecimiento. El señor Romea se ha honrado á sí mismo honrando á Isidoro Maiquez.

estas tuviesen lugar entónces, á causa de reunirse en la iglesia una junta parroquial, hubieron de consentir en trasladar á la noche aquella funcion fúnebre, y que entre tanto permaneciese el cadáver en un aposento oscuro, atestado de muebles viejos, desde cuyo inmundo hospedaje fué conducido al campo santo. A los diez dias siguientes se dirigió D. Antonio á ese lugar sagrado, con objeto de cerciorarse del sitio en que su amigo reposaba: hizo levantar la tierra que lo cubria para reconocerle, y terraplenada de nuevo la sepultura, colocó en ella una cruz que le sirviese en adelante de distintivo. El trascurso de los años destruyó esa humilde expresion de la amistad; de manera, que hasta hace poco tiempo se dudaba del verdadero lugar que contenia los restos mortales del primer actor trágico de España.

Las compañías cómicas de Madrid hicieron una funcion en obsequio de la buena memoria de su ilustre compañero; y no será encarecimiento añadir que una numerosa concurrencia acreditó en cuánto aprecio tenia el público al grande actor que acababa de perder para siempre.

Para dar completa idea de las cualidades físicas y morales que se reunian en la per-

sona de Isidoro Maiquez, trasladaremos aquí el retrato que de él hizo el autor de un artículo necrológico que se publicó en el año 20, concebido en estos términos: «La
 »estatura de Maiquez era alta y bien proporcio-
 »nada: su fisonomía expresiva, ingeniosa, agradable: sus ojos vivos, penetrantes: su aire noble, á veces imponente y
 »severo: su trato afable: su carácter obstinado. Naturalmente festivo; pero ya locuaz,
 »ya mustio con exceso, se le veía dócil ó rencoroso, segun las impresiones que recibía, á las cuales se entregaba con vehemencia. En la sociedad de los hombres
 »instruidos se explicaba con facilidad: expresaba sus ideas sin empeño de sostenerlas; y unas veces ameno, otras cáustico y
 »mordaz, pero siempre anunciando genio y talento, Maiquez, tanto en la escena como
 »en su trato privado, fué un hombre no vulgar, y digno de la atención de sus contemporáneos.»

VI.

Después de haber trazado el cuadro interesante de los merecimientos de este ilustre actor, así como sus dolorosos padecimientos y el término desgraciado de su vida, en la confianza de que no podrán ménos de interesar á cuantos aprecian el verdadero mérito donde quiera que se encuentre, réstame únicamente fijar con toda imparcialidad el grado de mérito que alcanzó en un arte sembrado de dificultades enormes, y en el que tan pocos han conseguido singularizarse de una manera digna de ser trasmitada á la posteridad. Ya he manifestado al principio, que Isidoro no debió á la educacion ninguno de los auxilios capaces de ayudar á los esfuerzos del ingenio. Léjos de eso, fué tal el abandono de sus padres en este punto, que Maiquez en su niñez apenas supo mal leer; y sólo en fuerza de su aplicacion y constancia comenzó á escribir cuando ya era hombre. Su primitiva lectura fué la de cuantas comedias llegaban á sus manos; pero este recurso únicamente podia proporcionarle una ins-

truccion vaga y superficial, que requiere de antemano la rectificacion del juicio y del gusto. ¿Por qué medios, pues, llegó Isidoro á enseñorearse de su arte y de los espectadores, hasta el punto de obligarlos á desprenderse, por decirlo así, de sus propios sentimientos para identificarse con el personaje fingido, haciéndoles experimentar todos los afectos del amor, del odio, del furor, del espanto, de la desesperacion; y en fin, conducirlos á su arbitrio por el vasto campo de las sensaciones morales? Nada se puede decir sobre este punto. Su habilidad fué un misterio que no llegó al extremo de ser revelado, porque nunca quiso discípulos: ni áun á sus mismos compañeros manifestó los principios que le conducian al acierto; porque en los ensayos se limitaba á corregir los errores, pero sin desenvolver ninguna teoría fundamental. Igual reserva observó siempre en el estudio privado que necesariamente haria de su arte. Se ignora cuál fué su lectura, y el sistema de ensayo particular que hiciese en su persona. Únicamente se sabe con certeza que tenia en su cuarto espejos de cuerpo entero, en los cuales sin duda estudiaba y ordenaba sus ademanes. Corrobora esta especie el haberle oido decir

alguna vez, que todo el que al dedicarse á la carrera cómica no prefiriese tener un espejo de cuerpo entero más bien que buena camisa, no debía prometerse jamás llegar á la perfeccion en su arte.

Despues de haberse elevado Maiquez á la mayor altura de su mérito escénico, no fué por eso impecable respecto del arte. Alguna vez no penetró bien el espíritu de los poetas; alguna vez se dejó llevar más allá de lo que permite la verdad. Pero estos pequeños lunares, que solamente se dejaban ver muy de tarde en tarde, en medio de rasgos muy sublimes, no podian de modo alguno disminuir su mérito. Al contrario, quedó tan fuertemente impresa en la memoria del público la inmensa suma de bellezas que tan prodigiosamente sembraba en la representacion de cualquiera obra dramática, que difícilmente las olvidarán cuantos han tenido la suerte de verle trabajar en su mejor época, esto es, desde el año 14 hasta el 18 inclusive. ¡Quién podrá borrar de su alma la impresion dolorosa que recibia al salir de la boca de nuestro actor el ahogado y profundo suspiro que exhalaba Montcasin al escuchar los nombres de sus jueces! ¡Qué pecho, por endurecido que estuviese, podia soportar el

extremado terror que infundia Otelo en el quinto acto, en donde cada movimiento de Isidoro, áun el más leve, era un pensamiento, un mudo intérprete del feroz designio de aquel bárbaro africano! Su acento eminentemente trágico; aquellas inflexiones de voz, ya terribles, ya patéticas; aquel «¡*Edelmira!*» pronunciado de un modo que no se comprende, parece que aún resuena en nuestros oídos. Ninguno de cuantos le oyeron es capaz de explicar la naturaleza del acento que Maiquez empleaba; mezcla incomprendible de ternura, de sentimiento, de ira y despecho, cuando al pretender Jocasta reprimir el enojo de Polinice contra Etéocle diciendo estas palabras:

Los delitos

Jamás con sangre fraternal se vengan:

Respondía aquel con esta amarga y dolorosa reconvencion.

¿Y por qué tú me hiciste hermano suyo?

Vehemente y expresivo con la palabra, lo era en la accion muda hasta un punto increíble. Al presentarse Polinice en el palacio de Etéocle, desde el fondo del foro se pintaban en los ojos de Isidoro los dos opuestos sentimientos de este personaje; el amor á su madre, y el odio á su hermano.

Ya en brazos de aquella, volvía el rostro á contemplar á éste, y con un juego fisionómico, delicado y vehemente, pintaba con mudo lenguaje el odio, el desprecio y la venganza; y ántes que hablase, ya los espectadores experimentaban el ánsia y agitación producidos por el presentimiento de una catástrofe espantosa. En la representación de *Nino II* conseguía que este personaje, á pesar de su crimen, se presentase á la memoria bajo un aspecto tan favorable que obligaba á lamentar su trágico fin. En efecto, Maiquez daba á Nino tal colorido de bondad con su acento patético, que hacia simpatizar con él á todos los espectadores. ¿Cómo era posible comprender aquel tono singular de sorpresa con que exclamaba al reconocer la voz de su amada: «¡*Elcira!* ¡*Cielos!* ¡*Es posible!*» sin tener la expresion y vehemencia que la naturaleza le habia concedido? Estas dotes singulares le hacian admirable en la muerte de *Abel*. ¡Qué transiciones tan bellas! ¡qué sueño funesto tan bien pintado con el colorido del sentimiento y del rencor! *Cain*, en la persona de Maiquez, era un leon furioso á quien no aterrabá la cólera celeste. Pero lo que puso el colmo á sus triunfos teatrales, fué la trage-

dia de *Oscar*. Poco elogio será decir que se oscureció á sí mismo respecto de las demás tragedias: hasta entónces jamás se habia hecho tan visible el imperio que aquel actor eminente ejercia en el alma de los espectadores. El delirio de *Oscar* á consecuencia de haber asesinado á su mayor amigo, le pintó Maiquez de una manera que no se puede describir: los ojos inertes y desencajados, lívido el rostro, entreabierta la boca, el cabello desordenado, los pasos azarosos, débil el movimiento de su cabeza, la voz reconcentrada y lánguida, los brazos moviéndose en razon de las impresiones momentáneas de los sentidos; todo anunciaba el estado lamentable de un alma virtuosa, arrastrada, á pesar suyo, al crimen, y devorada por los remordimientos. ¡Qué espantoso recuerdo aquel que le reproducia la escena sangrienta de que habia sido causa! ¡Qué movimiento de horror al pronunciar estas palabras!

gritos, sollozos, lágrimas, espadas,
sangre...

Puede asegurarse que al pronunciarlas nuestro trágico, á todos los espectadores se les erizaban los cabellos, y un frio intenso discurria por sus venas. Tal era la fuerza de expresion de Maiquez.

El defecto más notable de este célebre actor consistió en el estudio poco detenido que hizo en la propiedad de los trajes. Y en esto fué tanto más reprehensible, cuanto que, habiendo hecho bastantes innovaciones en el decoro de la escena, y teniendo tanto ascendiente sobre el público, todos hubieran suscrito gustosos á reformas útiles, autorizadas por el único actor que podía esperar el silencio y aprobacion de los espectadores. Pero él siempre prefirió la elegancia á la verdad; y en esto únicamente suscribió al gusto que siempre habia reinado en el vulgo, y de que aún se conservan restos, el cual tolera de mala gana la propiedad como el traje no sea *bonito*. Sin embargo, debo decir, en obsequio de la verdad, que en esa parte fué dócil; puesto que para vestir cual convenia, consultaba el parecer de D. Dionisio Solís, literato y erudito bien conocido en la república literaria.

Por lo demas es preciso conceder, á pesar de la ignorancia y de la medianía orgullosa, que Isidoro fué siempre en la escena grande y sublime. Era tan susceptible de expresar todos los trasportes volcánicos del alma, como los más delicados acentos de la ternura y de la humanidad. Feroz en *Otelo*, terri-

ble en *Orestes*, patético y enérgico en *Oscar* y en *Nino*, sublime en *Atalia*, cómico cual ninguno en *El Pastelero de Madrigal* y en *La Esposa delincuente*; dulce, sensible y respirando piedad evangélica en *Fenelon*; jamás actor alguno supo tomar tan diversas formas, desaparecer de la mente de los espectadores, y presentar en lugar suyo la imagen del héroe que fingia: manejar tan diestramente los recursos del arte, y desentrañar las pasiones, los caracteres y las situaciones con la soberana inteligencia que Isidoro Maiquez.

Por si hubiere alguno á quien pareciesen exageradas las alabanzas debidas al mérito de un hombre cuya temprana pérdida lamentaremos siempre, el testimonio de un literato español muy apreciable, que no duda asegurar haber alzado Isidoro la declamacion trágica á un punto de perfeccion desconocido en España, y muy raro en Europa, será el mejor garante de cuanto queda dicho. «Injusticia seria (dice) al hablar de la tragedia en España, no pagar este tributo de alabanza al extraordinario talento de Isidoro Maiquez, el cual mostró hasta donde sea posible hermanar la dignidad con la sencillez; remedar el lenguaje de las pasiones con la voz, con el gesto, hasta con el silencio mismo, y

aparentar una imitacion tan llena de verdad y belleza, que encantase al propio tiempo que destrozase el corazon. Arbitro de moverle á su voluntad, merced al talento más vario y más flexible, él hizo admirar al público español las obras más perfectas del teatro; y áun otras de ménos valer debieron á ese actor ostentar un mérito que en sí no poseian. Vieron los espectadores con admiracion y angustia al magnánimo Orosman luchando con los celos: temblaron al ver á Otelo entrar silencioso, y recorrer con los ojos la funesta estancia: á Cain resistiendo en vano el impulso fatal que le arrastraba al fratricidio: á Bruto envolviéndose en el manto, y señalando con mano trémula la cabeza de sus hijos al hacha alzada de los lictores: en una palabra, admiraron la suma perfeccion á que puede llegar el arte, herloseando en la imitacion á la misma naturaleza.»

Muchas personas extrañan que la influencia de Isidoro Maiquez en el teatro no haya sido tanta como al parecer debia esperarse de sus conocimientos artísticos, y de su predominio en la escena. Sin detenernos á enumerar las infinitas causas que debieron obligar á Maiquez á limitarse, como actor, al desempeño de sus papeles, haremos ver,

sin embargo, que su influjo no fué tan corto como aparece á primera vista.

Preciso será convenir ante todas cosas que la organizacion interior de las compañías cómicas no podia estar de ningun modo al arbitrio de un mero director de escena; y dado caso que lo estuviese, tal vez no hubiera sido entónces más feliz en su arreglo que lo fué cuando pudo y estuvo en su mano dar un giro ventajoso á los medios de fomento de las compañías y de los espectáculos teatrales. Pero si bajo semejante concepto puede reputarse por nulo su influjo ¡cuán poderoso fué éste en la escena! Maiquez apareció en ella como primer actor, y en el instante mismo todo cambió de aspecto. A una representacion siempre afectada y artificiosa, resabiada con los infinitos vicios del mal gusto de los siglos anteriores, sustituyó otra más sencilla, más verdadera, más noble; en una palabra, más arreglada á la naturaleza. A la impropiedad y desaliño que se notaban en decoraciones, trajes y comparsas, se siguió la regularidad, la propiedad, la sencillez y el orden, compatibles con las limitadas facultades de las compañías, y con los obstáculos que salen al encuentro de cualquiera innovacion. En fin, su espíritu se

difundia por la escena; por todas partes se dejaban ver sus efectos, y el público, familiarizado con ellos, llegó á distinguir las representaciones que Maiquez miraba con indiferencia, de las que ensayaba con interes. Es verdad que no enseñó el arte á ninguno de sus compañeros, de cuyo beneficio hemos carecido, sin duda por causa que no nos es dado desentrañar; pero en recompensa les ofrecia un modelo vivo, insinuante y persuasivo, por medio de impresiones tan fuertes, que pocos fueron los que, libres de resabios anteriores, no descubriesen á cada paso la fuente de sus conocimientos artísticos. Caprara, Rafael Perez, la María García, la Gertrudis Torre, la Virg, Avecilla, Cristiani, y algunos más, cuya carrera cómica coincidió en época con la de Maiquez, disfrutaron con justo título de los aplausos públicos que la imparcialidad les ha tributado como un testimonio irrecusable del aprecio en que tenia la escuela á que debieron su reputacion, y como justo homenaje debido á la honrosa memoria de su fundador. Maiquez, pues, fijó en España el carácter de la representacion teatral: carácter debilitado por el trascurso del tiempo, y del cual apenas se descubre el más leve vestigio en la

escena. Ojalá aparezca un sucesor digno de seguir las huellas de aquel actor eminente, para no ver marchitados los lauros escénicos que supo acumular sobre las musas españolas, mucho tiempo hace mustios y abatidos por la pérdida del único hombre en cuyas manos recobraban instantáneamente su verdor y lozanía. Con él, según la expresión de Moratin, empezó la gloria de nuestro teatro en la representación, y con él acabó.

La reputación colosal de Isidoro Maiquez contribuyó á que cultivasen su amistad personas de todas clases, literatos y artistas distinguidos: á todos lisonjeaba la idea de asociarse á un hombre de esclarecido mérito, que tan completamente ocupaba la atención del público. Moratin, el Padre Estala, el Marqués de Vega Armijo, Sabiñon, Quintana, Goya, Esteve, Bauzil, Rivelles y otros muchos, fueron los que más estrecharon sus relaciones con este célebre actor. Pero ni todas las distinciones que mereció á la sociedad ilustrada, ni su sobresaliente mérito, bastaron para detener el golpe fatal que nos le arrebató demasiado pronto, dejando sólo dolorosos recuerdos de sus pasadas glorias, y la idea desconsoladora de una pérdida que difícilmente puede ser reparada.

NOTAS.

PAGINA 25. La partida bautismal que tenemos á la vista dice así:

«D. Andrés Facio y Rolandi, presbítero, beneficiado y teniente de cura de la única iglesia parroquial de la Ciudad de Cartagena, certifico: que en el libro sesenta y dos de bautismos de dicha iglesia á fojas ocho vuelta, la primera partida es como sigue:—Partida 38.—En Cartagena á diez y nueve de Marzo de mil setecientos sesenta y ocho: Yo, D. Francisco Antonio Baldasano, teniente de cura de esta parroquial, Bapcticé solemnemente y Chrismé á Isidoro Patricio, que nació el dia diez y siete de dicho mes á las dos de la tarde; hijo legítimo de Isidoro Maiquez, natural de Valencia, y Josefa Rabay, natural de esta ciudad. Abuelos paternos, Leonardo Maiquez y Bernarda Tolosa, naturales de Valencia. Maternos, Pablo Rabay, natural de Génoba, y María Guerrero, natural de esta ciudad. Fueron padrinos D. Domingo Valarino y Ana María Ors, á

quienes advertí su obligacion y parentesco. Testigos Juan Prieto y Mateo Mengual.—D. Francisco Antonio Baldasano.—Corresponde con su original á que me remito; y para que conste donde convenga, doy la presente que firmo en Cartagena á veinte y tres de Enero de mil ochocientos veinte y siete.—Andrés Facio y Rolandi.»

PAGINA 29. Haciendo memoria de sus primeros ensayos cómicos, referia Maiquez á sus amigos, que en cierta ocasion representó en Toledo la comedia intitulada *El triunfo del Ave María*, la cual le valió tan estrepitosa bufa, que indignado por ese mal tratamiento salió del teatro y de la ciudad sin concluir la funcion, y emprendió su viaje á Madrid vestido de moro, porque desempeñaba la parte de Tarfe. Anduvo á pié toda la noche con la mayor precipitacion; de suerte que al rayar el alba se halló de la parte acá de Illescas, y continuando su marcha entró á deshora en Madrid, tan risiblemente equipado como salió de Toledo.

PAGINA 33. Maiquez se dió á conocer en la representacion de *El Pastelero de Madrigal*, comedia que desempeñó siempre con soberana maestría. Así, pues, decíase en el pueblo cuando se hablaba de esta funcion: *solamente sabe desempeñarla bien el marido de la Prado*; sobrenombre con el cual era entónces conocido.

PAGINA 36. Muchos partidarios cuenta la idea de que Maiquez adolecia del defecto de frialdad en la declamacion. Entre aquellos se halla nuestro inmortal Moratin, el cual asegura que Maiquez, al principio de su carrera cómica en Madrid, era *un actor extremadamente frio, que entendia y no expresaba sus papeles*. La autoridad de tan distinguido literato, cuya opinion y criterio he respetado siempre, bastaria por sí sola para imponerme silencio en este punto, si no creyera que tal vez la poca importancia de semejante cuestion (de ningun influjo en el relevante mérito de un actor que en épocas posteriores supo desarmar la crítica, y añadir nuevo fuego al entusiasmo público) le indujo á desdeñar su exámen, y á seguir, bien sean las impresiones que recibió al verle por primera vez en la escena, bien la opinion comun que por entónces pareció muy acertada. No diré que Maiquez en sus primeros tiempos fuese tan vehemente y expresivo como fué despues; pero sí creo que para calificarle de actor frio, influyeron algunas causas, cuyo exámen no dejará de interesar á mis lectores.

Cuando Maiquez vino á Madrid, reinaba en nuestros teatros la falsa declamacion; quiero decir, aquel estilo ampuloso, enfático, candencioso y plañidor, que se tomaba entónces, no por la expresion sencilla de la naturaleza, pues no podia llegar á tanto la equivocacion, sino por el estilo propio y peculiar de la declamacion teatral.

Ha dominado por mucho tiempo, y aún domina todavía en parte, la idea de que la expresion declamatoria del teatro ha de ser de diversa naturaleza de la que en realidad emplean los hombres en los sucesos comunes de la vida. Verdad es que en la escena es menester aumentar bastante las formas de las cosas para que éstas hagan efecto; pero de aumentarlas á variar su naturaleza, hay una distancia inmensa; y el haber trocado los frenos de esta suerte, ha dado lugar á que se citen los héroes teatrales como objetos ridículos. Un héroe de teatro es ya sinónimo de un hombre muy tieso, muy erguido, que marcha á compas, que habla con énfasis y estudia posturas de figuras de naípe. El hábito de ver lo malo, sin término de comparacion que lo ponga en duda, hace que los espectadores aplaudan lo que es de mal gusto, y cuando llega la época de la innovacion, y ésta la intenta una persona que todavía no ha logrado afianzar su crédito, corre mucho riesgo de recibir vituperios en vez de aplausos. ¡Cuántos obstáculos tendria que vencer el primero que se propuso sustituir la arquitectura griega y romana á la gótico-arabesca! ¡Qué insulso, qué frio, qué pobre apareceria el órden dórico ó el toscano, al lado de aquella profusion y aquel laberinto que adornaban nuestros góticos edificios! En igual caso se vió Maiquez con su nueva escuela. Se propuso imitar, no el estilo teatral admitido en su tiempo, sino el de

la verdad. No el sonsonete campanudo de la declamacion, sino el acento sencillo, profundo y enérgico de las pasiones. No los juguetes de sombrero, guantes y baston, ni la tiesura y acompasado movimiento del cuerpo, ni la accion pintoresca y descriptiva, sino el continente noble que prescribe el decoro, la economía de los movimientos que aleja la ridiculez, y no disminuye el valor de las palabras: en fin, la simplicidad de la naturaleza tal como él la veia en los hombres.

Mas semejante tránsito era de suyo violento. El sacrificio de las impresiones agradables de nuestros sentidos, es el homenaje más costoso que tributamos á la razon. Así, pues, no es de extrañar que el gusto público, tan apegado por una parte á lo quimérico, y por otra á la costumbre, encontrase árido y frio un estilo que destruia sus inveteradas ilusiones. Decir entónces que Maiquez era frio equivalia en mi sentir á estas frases: «Maiquez no gesticula tanto como los demas actores que hemos conocido; marcha por la escena como cualquier hombre dentro de su casa; apénas manotea; su tono y su diction se diferencian muy poco de los que usamos nosotros en el trato social, y su energía y su fuego pasará en sus adentros, pero no vemos aquellas patadas que hacian retemblar las tablas, aquellas fuertes puñadas en pecho y muslos que se oian en el fondo del patio; ni manifiesta tampoco cuando llora aquel gesto plañidor de nuestros antepa-

sados, ni hace subir y bajar el pañuelito blanco para enjugar las lágrimas, por cuyo medio sabemos que al actor le toca llorar entónces.» En todo esto tendrían razon sin duda alguna; mas verificada la innovacion, porque las circunstancias protegieron los esfuerzos del actor, aquel nuevo método llegó á agradar; y circunscrita la idea de frialdad á la infancia de este mismo método, quedó consignada por tradicion, sin pararse los espectadores á examinar que aquello que entónces les pareció frio, es lo mismo que aplauden actualmente calificándolo de fogoso y enérgico.

Los vicios introducidos en la declamacion no fechan de la época á que este párrafo se refiere: por lo tanto, ni al público ni á los actores de ese tiempo se les puede hacer responsables sino de no haberlos desterrado, como individualmente lo consiguieron, más por instinto que por razon, la Rita Luna, Querol y algun otro. Para conocer cuán arraigados estaban aquellos vicios, y qué de antiguo se hallaban introducidos en Europa, bastará leer el siguiente fragmento del Hamlet de Shakspeare, en que el protagonista, dialogando con unos cómicos que habian de representar una composicion suya, se expresa del modo siguiente: «Dirás este pasaje en la forma que te le he declamado yo: con soltura de lengua, no con voz desentonada, como lo hacen muchos de nuestros cómicos; más valdria entónces dar mis versos al pregonero para que los dijese. Ni manotees

»así, acuchillando el aire: moderacion en todo;
»puesto que áun en el torrente, la tempestad, y,
»por mejor decir, el huracan de las pasiones, se
»debe conservar aquella templanza que hace
»suave y elegante la expresion. A mí me desa-
»zona en extremo ver á un hombre que á fuerza
»de gritos estropea los afectos que quiere expri-
»mir, y rompe y desgarrá los oidos del vulgo
»rudo, que sólo gusta de gesticulaciones insigni-
»ficantes y de estrépito. Yo mandaria azotar á un
»energúmeno de tal especie: Herodes de farsa,
»más furioso que el mismo Herodes... Ni seas
»tampoco demasiado frio: tu misma prudencia
»debe guiarte. La accion debe corresponder á la
»palabra, y ésta á la accion, cuidando siempre de
»no atropellar la simplicidad de la naturaleza.
»No hay defecto que más se oponga al fin de la
»representacion, que, desde el principio hasta
»ahora, ha sido y es ofrecer á la naturaleza un
»espejo en que vea la virtud su propia forma, el
»vicio su propia imágen, cada nacion y cada
»siglo sus principales caracteres. Si esta pintura
»se exagera ó se debilita, excitará la risa de los
»ignorantes; pero no puede ménos de disgustar á
»los hombres de buena razon, cuya censura debe
»ser para nosotros de más peso que la de toda la
»multitud que llena el teatro. Yo he visto repre-
»sentar á algunos cómicos, que otros aplaudian
»con entusiasmo, por no decir con escándalo, los
»cuales no tenian acento ni figura de cristianos,

»ni de gentiles, ni de hombres: que al verlos hin-
 »charse y bramar no los juzgué de la especie hu-
 »mana, sino unos simulacros rudos de hombres
 »hechos por algun mal aprendiz. Tan inicua-
 »mente imitaban la naturaleza.» (Traduccion de
 Moratin.)

Esta reseña de Shakspeare abraza importan-
 tes máximas del arte, enteramente conformes con
 las que Maiquez observó en la escena.

El actor que por naturaleza no es fogoso,
 jamás llega á serlo por el arte. El que lo es por
 temperamento, y lo manifiesta sin la interven-
 cion de la voluntad, podrá carecer de estilo, de
 ademanes, de cadencias armónicas, de arte en fin,
 pero jamás aparecerá frio. En este caso pudo tal
 vez encontrarse Maiquez. Su habilidad escénica
 debió acrecentarse sobremanera respecto de su pri-
 mer tiempo; y esto es tan cierto, que los que no
 le vieron trabajar desde el año 1814 al 18 inclusive,
 puedan tener por seguro que no han visto el pri-
 mer trágico español. ¡Pero frio Isidoro Maiquez!
 ¡Falto de calor y energía un hombre que desde su
 niñez, y tanto en la escena como en el trato social,
 descubria, sin conocerlo él mismo, la sangre
 sulfúrica que corria por sus venas! Es preciso
 para creerlo así, no haber examinado con dete-
 nimiento una cuestion cuyos resultados no son
 tan indiferentes como aparecen á primera vista,
 ya se haga aplicacion de ellos á la opinion artís-
 tica de nuestro primer trágico, ya se les mire

como guía segura para juzgar de la disposición de cualquier principiante en la carrera cómica.

PAGINA 49. El autor de un artículo necrológico publicado en el año 20 con motivo del fallecimiento de Maiquez, insertó una carta dirigida por éste á Talma, que dice así: «Muy señor mio, y amigo de mi mayor aprecio: Con mucho gusto mio he recibido su estimada carta de 23 de Junio, en que me renueva los testimonios de nuestra antigua y sincera amistad. Ni ella ni usted han salido nunca de mi memoria. Presentando ya con tanta frecuencia en la escena española á Orosman, Orestes, Oscar, ¿podía olvidar á *mi maestro, al ilustre actor* que ha sabido pintar con una verdad y energía tan singulares las pasiones más terribles de los hombres? Lo confieso con ingenuidad y con orgullo: á usted debo los progresos que he podido hacer en un arte tan difícil. Y si el pueblo español ha visto propiedad y decoro en la escena, naturalidad y belleza en la representación de aquellos personajes, se lo debo también al digno modelo que me propuse imitar, y que tendré siempre presente en mi memoria. No lo dude usted, amigo mio, la conservaré eternamente, así como conservo la esperanza de dar á usted un abrazo si las circunstancias me lo permiten, etc., etc.» El contenido de esta carta prueba que no era Maiquez tan orgulloso como creyó la envidiosa medianía. Léjos de

esto, respetó el mérito, y fué imparcial é ingenuo. Este es el distintivo del verdadero talento.

Así la carta que motivó esta contestacion, como otra en que Talma, despues de prodigar á Isidoro los mayores elogios, le instaba á que dejase su patria y pasase á vivir y disfrutar con él durante su vida de los bienes con que su gobierno le habia premiado, fueron dirigidas á Maiquez el año 1818, despues de diez y siete años de silencio, y cuando el testimonio unánime de tantos franceses como le vieron trabajar en Madrid, hizo llegar la fama de su nombre á oídos del único rival que se le conocia; rival á quien lisonjeaba sobre manera la idea de que se le considerase maestro del Roscio español.

PAGINA 53. Los actores con quienes Maiquez se presentó á su vuelta de Paris en los Caños del Peral, fueron:

DAMAS.	GALANES.	BARBAS.
La Prado.	Maiquez.	Campos.
La Ramos.	Infantes.	Martinez.
Otra Ramos.	Ronda.	Mata.
Gertrudis Torre.	Fabiani.	
Briones mayor.	Suarez.	GRACIOSOS.
Francisca Laborda.	Angel Lopez.	Querol.
Josefa Torres.	Iriarte.	Cristiani.
	Rivera.	Francisco Lopez.
	García.	

Y algunos otros que no se tienen presentes.

PAGINA 58. El célebre trágico inglés Kemble, con quien Isidoro entabló tambien relaciones de amistad en Madrid, tuvo la modesta y franca ingenuidad de confesar que el trágico español aventajaba á cuantos la opinion designaba como sus rivales.

Semejante dictámen, que pudiera muy bien considerarse como dictado por una falsa modestia, se confirma igualmente con el aserto de un diplomático extranjero, cuyo nombre no se me ha comunicado, el cual viendo á Maiquez en la tragedia de *Oscar*, dijo á las personas que con él se hallaban en el palco: «Debo confesar á ustedes, sin que lo tomen por lisonja, que ni Talma, ni Kemble, á quienes he visto trabajar muchas veces, son capaces de hacer más que lo que ese hombre hace en esta tragedia.»

PAGINA. 61 En este teatro fué donde el afamado tramoyista D. José Maiquez, hermano de nuestro Isidoro, inventó y dirigió con sumo acierto infinidad de máquinas para servicio de la escena. Su prematura muerte, acaecida á pocos dias de haber entrado segunda vez en Madrid las tropas de Napoleon, nos privó de un artista que honraba su arte.

PAGINA 61. En Málaga corrió gran riesgo la vida de Maiquez por la ligereza con que en aquella época se juzgaba de las opiniones políticas,

acerca de las cuales decidian comunmente las apariencias, única prueba á los ojos de la multitud.

Es el caso, que apénas llegó á la ciudad, se dirigió al correo á sacar una carta. Como vieron un forastero procedente de Madrid, que tenia correspondencia con el país dominado por el enemigo, le tuvieron por sospechoso, y eso bastó para que la muchedumbre se apoderase de su persona, gritando *muera ese traidor*, y le condujesen á la cárcel pública. Milagrosamente salió ileso de aquel alboroto; pero faltó muy poco para que le llevasen al patíbulo los partidarios de su misma opinion, y por la cual habíase visto pocos dias ántes perseguido con empeño.

PAGINA 65. Bien notorias son las causas que producian las desavenencias, casi perpetuas, entre Maiquez y sus compañeros. Cuando aquel logró ponerse á la cabeza de éstos, encontró las compañías cómicas entregadas á aquella disciplina ó insubordinacion que tan fácilmente se introduce en esta clase de asociaciones cuando falta, en el que dirige, la energía necesaria para hacerse temer y respetar, y no consentir que ningun individuo traspase la línea de sus deberes. Dotado Isidoro de un carácter duro é inflexible, reunia además cuantas cualidades podian desearse para aquel fin; y así consiguió cuanto quiso, aunque sosteniendo una pugna desagradable

con sus compañeros, que le proporcionó disgustos y sinsabores amargos. Pero ocupado únicamente en conducir su arte á la altura que él se habia imaginado, no podia tolerar la indiferencia y el poco órden que se observaba en los ensayos, de cuya formalidad juzgaba, con razon, que debia resultar el acierto en las representaciones. En sí mismo encontró el medio de cortar de raíz los abusos que notaba; y si la dureza de su carácter le acarrea algunas desventajas, quedaban estas recompensadas con la utilidad real de los espectáculos escénicos, que nunca se habian visto, ni mejor dirigidos, ni más escrupulosamente ensayados. Persuadido de esto por las razones que tenia en su apoyo, y con el fin de obligar á sus compañeros á que asistiesen puntualmente á los ensayos, ordenó en una ocasion, que todo el que no estuviese á las diez en punto en el escenario para dar principio al ensayo, pagaria una multa igual á la parte que le correspondiese en aquel dia, destinando el fondo de multas á las urgencias del teatro. Al dia siguiente asistieron todos puntualmente á la hora señalada, excepto Isidoro, que de intento habia dejado pasar la hora, con el fin de dar por sí mismo un ejemplo de sumision á las leyes de la conveniencia y del órden. Apenas llegó al teatro, le hicieron ver sus compañeros que él habia sido el primero en contravenir á lo acordado en el dia anterior. Maiquez sonriéndose, depositó el importe de la multa en el paraje destinado al

efecto, y dió principio al ensayo manifestando la mayor satisfaccion.

El lenguaje que usaba con sus compañeros era casi siempre acre y severo, singularmente con aquellos que más disentían de su carácter y opiniones; consecuencia necesaria del sistema rígido de conducta que se habia propuesto observar con ellos. Las anécdotas siguientes pintan muy al vivo el verdadero carácter de Maiquez, y el estado de violencia en que forzosamente se hallarian él y sus compañeros.

Cierta actriz se hallaba una mañana en su camarín consumiendo un cigarro puro, olvidada de que su presencia era necesaria en el ensayo. Maiquez se acercó á la puerta, y sin pasar adelante, y con tono muy sosegado, le dijo: *señor cabo de escuadra, cuando V. haya chupado ese habano, tendrá la bondad de bajar al ensayo.* La actriz mudó de color, arrojó el cigarro, y sin responder una sola palabra, fué inmediatamente adonde su obligacion la llamaba.

En otro ensayo, un actor llamado Infantes descuidaba demasiado la accion, en términos de aparecer excesivamente frio. Maiquez le advirtió varias veces este defecto; pero viendo que era inútil cuanto decia, asió de los brazos al actor por detras, y agitándoselos fuertemente, le dijo lleno de cólera: *¿Para qué quiere usted estos miembros? ¿No tenemos las piernas para andar? ¿Pues por ventura cree usted que los brazos penden inútilmente de los hombros?*

Cuando Maiquez trató de ejecutar la *Raquel* por primera vez, repartió el papel de la heroína á la María García, con quien la Antonia Prado partía entónces las damas. Esta, ofendida de la preferencia que Isidoro habia hecho de aquella, le escribió un billete sembrado de quejas y reconvencciones amargas sobre el particular. Maiquez lo oyó, y con un movimiento tan rápido como su imaginacion, tomó la pluma y contestó en los términos siguientes: *No me podia persuadir, de modo alguno, que tu ignorancia llegase hasta el extremo de creer que la dama de un monarca de Castilla fuese una vieja.* Es de advertir que ya entónces habia decaido bastante el verdor de la Prado, y que no sucedia lo mismo con la García.

En el año 1805 se propuso Maiquez formar una compañía escogida para el teatro de los Caños del Peral, y eligió aquellos actores de más aventajado personal, como lo eran Ponce, Prieto, Infantes, Ronda, y algun otro. Al salir un dia del ensayo encontró á un amigo suyo, y le dijo: *Vengo fatigado, rendido á fuerza de pelear con esa gente.— Y qué tal,* repuso el amigo, *¿prometen algo?—¡ Oh! mucho. Tengo la satisfaccion de creer que si no consigo formar una buena compañía de cómicos, la formaré magnífica de granaderos.*

Cierta actriz que con el continuo ejercicio llegó á ser muy bien recibida del público, con particularidad en las comedias llamadas de *capa y espada*, al comenzar su carrera pecaba en frialdad, y

carecia de nobleza en su figura y movimientos, no obstante su juventud y agraciado rostro. Maiquez, siempre escaso de buenas damas, pues hubo ocasiones en que suspendió ejecutar cierto género de piezas por carecer de dama que le ayudase, se propuso sacar partido de las aventajadas dotes personales de la actriz ya citada. Un día, despues de concluido el ensayo de una función en que aquella trabajaba, la condujo al salón de descanso del teatro del Príncipe, se sentó en una silla, colocó á la jóven de pié frente á un espejo, y la dirigió las palabras siguientes: *Mírate bien allí. Ya ves que la naturaleza te ha dotado de una figura muy aventajada, de la cual puedes sacar mucho partido en la escena. Ahora bien: figúrate que la que allí ves no eres tú: ¿qué dirías de una dama que con esas dotes naturales se presentase con la cabeza torcida, los brazos caídos sin gracia, y con ese cuerpo lánguido y abandonado á movimientos innobles é insignificantes? Sin duda la motejarías de necia, ¿es verdad? Pues hazte cargo de que igual censura recaerá sobre tí, mientras por tu parte no trates de estudiar para adquirir facilidad y gracia en la ejecución.*

Paseaba Maiquez con un amigo suyo por la plaza de Oriente en ocasión que estaban echando los cimientos del teatro que aún no se ha concluido. Detúvose Maiquez á considerar aquella obra, y dirigiéndose al que le acompañaba: *Ya ve usted (le dijo) el principio del gran teatro que han*

proyectado levantar en este sitio: ¡excelente pensamiento! Pero me queda una duda, y es, saber ¿á dónde irán á buscar actores despues que la obra esté concluida? Maiquez conocia demasiado las enormes dificultades de su arte para que pudiera equivocarse en la resolucion de aquella aparente duda, que en él fué un juicio anticipado, pero infalible.

PAGINA 91. En la noche del 27 de Setiembre de 1821 se hizo la funcion citada, reducida á una pieza en un acto, titulada el *Apoteosis de Maiquez*: una sinfonia: *La Casualidad á media noche*: un pagedú: el primer acto de la ópera *Alcira*; y el sainete *La Inocente Dorotea*.

PAGINA 95. Hay divergencia de opiniones acerca del uso de los espejos para hacer estudio del ademán y del gesto. Unos le condenan, otros le aplauden. Los primeros creen que puede conducir á la afectacion y al amaneramiento; y suponen que le basta al actor verse mentalmente para dirigir sus movimientos con arreglo á la pasion que expresa. Los de la opinion contraria juzgan que el espejo es para el actor lo que para un pintor el modelo vivo; pues así como al segundo no le basta imaginar una figura en la actitud que le corresponde, sin rectificar por el natural todos los contornos que la imaginacion no puede apreciar tan exactamente como quisiera, del mismo modo el

actor necesita verse y observarse detenidamente para no incurrir en inexactitudes á que con tanta facilidad conduce la idea mental cuando carece de la presencia del objeto visible. A la verdad, el riesgo de tocar en la afectacion no depende del uso del espejo, sino de la falta de conocimientos y gusto en el artista.

Un pintor que ejecute un cuadro en el cual domine la afectacion, no deberá al modelo vivo el error que cometió, sino al poco estudio que hizo de la naturaleza, y de las obras maestras de pintura y escultura. Por otra parte, no basta que la pasion dé impulso al cuerpo, es menester, sobre todo, estar familiarizado con los movimientos nobles y bellos para accionar con buen gusto; es menester que haya en la persona del actor lo que llaman los pintores dibujo correcto; hé aquí el complemento del arte de pintar, tómesese esta frase en el sentido que se quiera, y consígase del modo que mejor parezca. ¡Cuántos actores se reirian á veces de sí mismos, si se viesen por un espejo en el momento crítico de juzgarse situados en una actitud muy bella! En las artes imitativas *la eleccion* es muy delicada; y nunca están demas los auxilios que suministra el ingenio, si aquella ha de hacerse tan completa como se necesita para producir bellas imitaciones.

PAGINA 102. Cuando Maiquez se dedicó á la escena, era verdaderamente lastimoso el estado

de nuestros teatros, así en todo cuanto tenía relación con el servicio y propiedad de aquella, como en la colocación, decoro y policía de los espectadores. Si se exceptúa la circunstancia de haber edificios destinados exclusivamente para dar funciones dramáticas, con los acopios más precisos de decoraciones y enseres para servicio interior del escenario, ni tenían mucho que echar en cara á los antiguos corrales del tiempo de Felipe IV, ni distaban demasiado de ofrecer en su conjunto el estado deplorable que tenían los espectáculos escénicos cuando D. Agustín de Rojas los describió en su *Viaje entretenido*. Este atraso, al parecer inexplicable, si se atiende al extraordinario vuelo que había tomado nuestra poesía dramática desde mediados del siglo XVI, demuestra de una manera evidente lo mucho que perjudicaba á los progresos del arte escénico la persecución continua á que se veían expuestos cuantos le profesaban, por parte de las autoridades eclesiásticas y civiles, y en su consecuencia por la opinión general, que alejaba de aquel ejercicio á cuantos estimaban en algo su buen nombre y fama.

Aun cuando la rigidez de semejante opinión se había relajado notablemente al finalizar el siglo último, no en tanto grado como era menester para que el escenario se viese ocupado por personas de educación y criterio, capaces de levantar la escena de la humilde situación en que se encontraba. Había mejorado algo, es verdad; pero aún

necesitaba del impulso poderoso de un hombre de entendimiento penetrante y voluntad firme, que acometiese tan atrevida empresa. Maiquez era el hombre que se necesitaba: él la intentó y la llevó á cabo, introduciendo en el teatro reformas indispensables.

Una de las más esenciales, y á la cual se debió el buen orden que desde entónces reina en esa clase de espectáculos, fué la adopción de billetes numerados para la entrada. Anteriormente los espectadores pagaban á la puerta de las diversas localidades del teatro, produciendo las molestias, desorden y confusión que son fáciles de imaginar; y sobre todo la tiranía de la gente del bronce, ó sean aquellos que llevaban el nombre de *mosqueteros*, quienes, casi á viva fuerza, se apoderaban de las localidades que más les convenían *para dar cuchillada*, ó sea para descargar sobre los pacientes *comediantes*, como entónces llamaban á los actores, una lluvia de aplausos ó de silbidos, según sus afecciones personales con ellos, ó conforme al partido que seguían; porque entónces si no había partidos políticos, los había cómicos, que es equivalente. Para dar alguna idea de la especie de soberanía que los mosqueteros venían ejerciendo desde muy antiguo sobre todo lo relativo al teatro y á la reputación de los actores, no será inoportuno referir aquí la anécdota siguiente:

Por los años de 1789 vino á Madrid un actor de mediano mérito, llamado Robles, á desempeñar

la parte de galan. A pocos dias de haber llegado, se presentó en su casa un hombre de porte vulgar, ademan osado, locuaz y bullicioso, quien despues del ordinario saludo le dijo: «Señor Robles, vengo á ponerme á las órdenes de usted. Yo soy *Tusa*, el sastre.—Muy bien venido; pero quisiera preguntar á usted ¿qué tengo yo que ver con el señor *Tusa*?—¡Oh, mucho! Es decir á usted... pues; porque yo soy el que está encargado de los aplausos; y si acaso necesitase valerse de mis servicios...—¡Ah! ya; entiendo. Amigo mio, yo agradezco á usted sus buenos oficios; pero debo decirle que la calificacion del poco ó mucho mérito que haya adquirido en el arte, la remito enteramente al juicio del público; además de que nunca ha sido mi ánimo labrar mi reputacion por medio de aplausos mercenarios.» El buen *Tusa*, sorprendido por tan inesperada contestacion, se retiró asaz mohino; pero con el pío propósito de vengarse de aquel desaire hecho á su prepotencia mosqueteril.

En efecto, por buen espacio de tiempo no logró Robles presentarse en la escena sin verse acosado de bufas y silbidos. El impertérrito *Tusa*, semejante al genio del mal, recorria las localidades del teatro, concitando en daño de aquel la ira de sus secuaces, sin darle tregua ni descanso. Es muy factible que al fin Robles se viese obligado, como los demas de la compañía, á capitular con los mosqueteros, para librarse de su tenaz y peligrosa persecucion.

A la providencia de dar billetes numerados para entrar en el teatro, se siguió la no ménos importante de establecer asientos en el patio; evitando de este modo el bullicio y las oleadas de la gente que se mantenía en pié para ver la función detras de lo que entónces llamaban el *degolladero*, el cual no era otra cosa que el espaldar de la última fila de lunetas; pero de tal altura, que llegaba á la garganta de los que de pié se colocaban en el patio. Desaparecieron igualmente los *cubillos*, ó sean dos á manera de palcos, de forma circular, de cabida de cuatro á seis personas, situados á los dos extremos de las barandillas ó delanteras de las galerías, é internándose en el proscenio hasta pasar la línea de las candilejas, y no quinqués como son ahora. Estas dos localidades eran patrimonio exclusivo de los *apasionados finos*; esto es, de los más decididos encomiadores de la habilidad de las actrices.

Tambien se prohibió entónces el vender agua, naranjas y confituras dentro del teatro; puesto que hasta mediados del siglo último, habia un sitio destinado en los de esta corte para un alojero, que despues se destinó para la autoridad presidente; y en defecto de aquel, servian los aguadores, como en la plaza de toros, para mitigar la sed de los concurrentes.

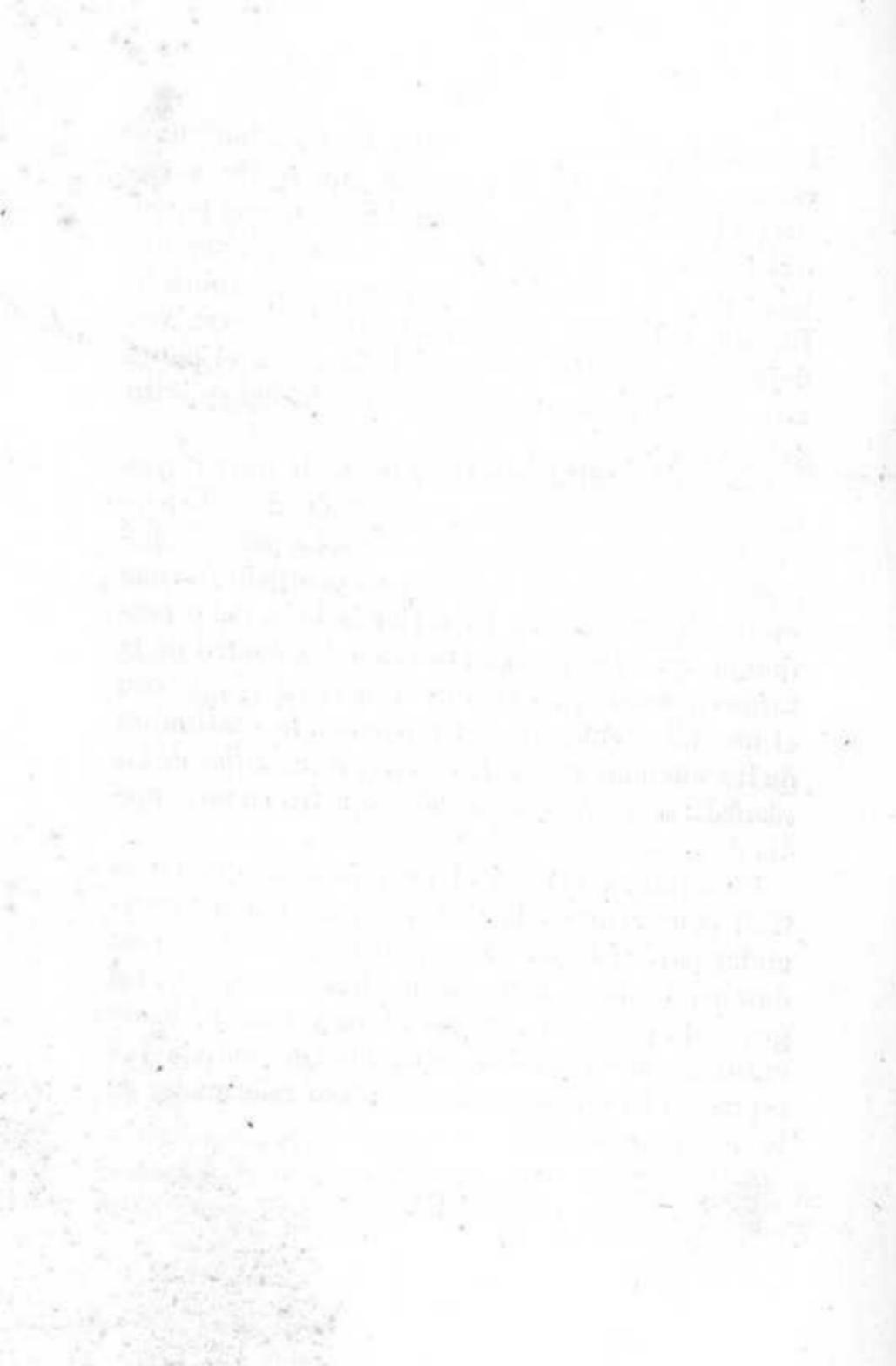
Otra innovacion introducida por Maiquez fué la de poner carteles impresos en vez de manuscritos, suprimiendo los moharrachos que á la ca-

beza de aquellos se pintaban, figurando alguna escena notable de la comedia que se iba á representar. Desterró la costumbre de que el barba ó el gracioso saliese diariamente por delante del telon de embocadura para anunciar al público la funcion del dia siguiente. Anuncio que rara vez dejaba de atraer alguna rechifla sobre el pobre anunciador, si lo que ofrecia no era del beneplácito del público.

Las actrices debieron tambien á Maiquez el que desterrase las antiguas y parsimónicas sillas de manos, sustituyéndolas con el coche para conducir las al teatro y á su casa, en compañía de sus respectivas criadas. El variar la hora del espectáculo, que antiguamente era á las cuatro de la tarde en verano, y á las dos en invierno, junto con el uso del coche, dió por tierra con la costumbre de los aficionados á *echar dulces á las sillas de las cómicas*; frase de que se vale Moratin en su comedia de *El Café*.

En suma, á estas y otras reformas, que no es fácil conservar en la memoria, añadió las esenciales para el mejor éxito de las representaciones; dando, tanto á éstas como á sus ensayos, tal grado de precision, de grandeza y decoro, hasta entónces desconocidos, que no sin justicia fué reputado Maiquez como verdadero reformador de la escena española.

FIN.



MEDINA Y NAVARRO, EDITORES.

RUBIO, 25, MADRID.

OBRAS DE ARISTÓTELES. Forman once tomos en 4.º español, edición de lujo, 20 reales cada tomo en Madrid, y 24 en provincias, por suscripción. Van publicados cuatro tomos. Edición de 500 ejemplares solamente.

OBRAS DE SHAKSPEARE. Magnífica edición, 10 reales cada tomo en Madrid, y 12 en provincias. Se han publicado:

Otelo.—Mucho ruido para nada.....	1 tomo.
Romeo y Julieta.—Como gustéis.....	1 »
El Mercader de Venecia.—Medida por medida.	1 »
La Tempestad.—La noche de Reyes.....	1 »

OBRAS INÉDITAS DE QUINTANA, con un juicio crítico del Sr. Cañete. Un elegante y abultado tomo en 4.º, edición de lujo, 40 reales en Madrid y 45 en provincias.

OBRAS DE ALARCON (D. Pedro Antonio):

Cosas que fueron. Un tomo de más de 400 páginas, 16 reales; en provincias 18.

Poesías serias y humorísticas, con el retrato del autor, y un prólogo de D. Juan Valera, 20 reales.

Novelas. Un tomo de más de 400 páginas, 10 reales en Madrid y 12 en provincias.

BIBLIOTECA ESPAÑOLA; colección en 8.º, magnífico papel, 8 reales cada tomo en Madrid. Van publicados:

Rosas y perros, por Rodríguez Correa.....	1 tomo.
La leyenda de noche-buena, por Ruiz Aguilera.	1 »
Esperanzas y recuerdos, por A. Luceño.....	1 »
Cosas del mundo, por A. Romea.....	1 »
Páginas olvidadas de Espronceda.....	1 »
Trovas castellanas por D. A. Arnao.....	1 »
Poesías líricas de Enrique Gil.....	1 »
Sainetes escogidos de D. R. de la Cruz.....	2 »
Vida artística de Maiquez.....	1 »

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS